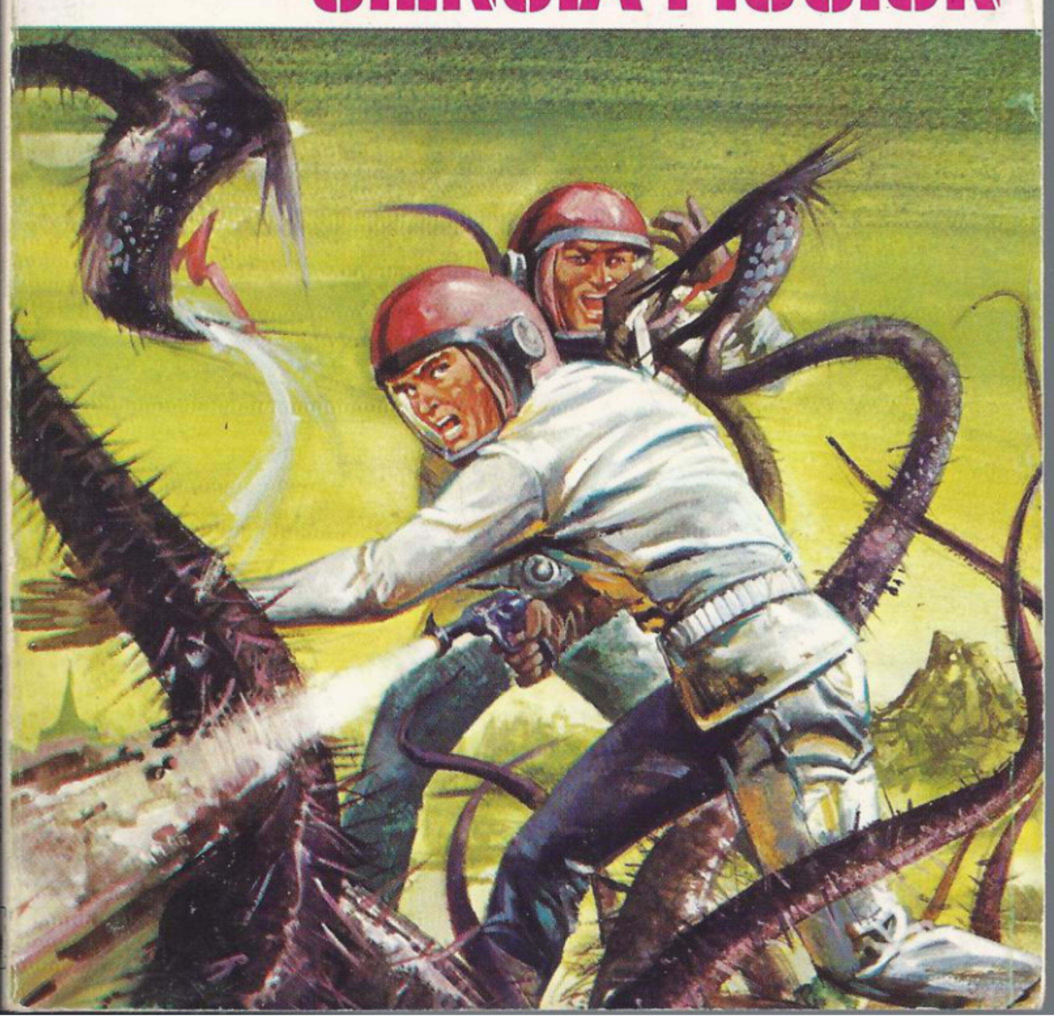
La conquista del ESPACIO

BOLSILIBROS BRUGUERA

LA MUTACION HUMANA

Lucky Marty

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

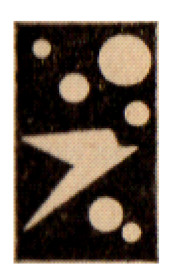
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

565 – Piratas espaciales, *Ralph Barby*.
566 – La leyenda de un planeta, *A. Thorkent*.
567 – Apocalipsis en el planeta Istrión, *Ralph Barby*.
568 – Cementerio cósmico, *Curtis Garland*.
569 – Los descendientes del arca, *A. Thorkent*.

LUCKY MARTY

LA MUTACIÓN HUMANA

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 570
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 16.195 - 1981

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: julio, 1981

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

El hombre ha nacido para vivir entre las convulsiones de la inquietud, o en la letargía del aburrimiento.
Voltaire.

La Conferencia para el Desarme Nuclear había sido un fracaso.

Un total y absoluto fracaso.

Bueno: el mundo ya estaba habituado a estos desengaños y por eso la gente no parecía muy afectada por los alarmantes titulares de la prensa que anunciaban que. de no ocurrir un milagro, la Tierra estaba abocada a desintegrarse tras Ía guerra atómica que se avecinaba.

Ya se ha dicho: parece ser que el hombre ha nacido para vivir entre las convulsiones de la inquietud, o en la letargía del aburrimiento: quizá por esto, para no «aburrirse», desde la larga noche de los tiempos viene guerreando absurdamente entre sí, y ni el más conspicuo historiador, por más que se esfuerce, puede recordarles a sus contemporáneos una sola época en la que los pueblos y las naciones no hayan estado enzarzados en fútiles luchas.

Los más viejos, los que aún podían recordar las secuelas de la justamente llamada Segunda Guerra Mundial, habían hablado a sus nietos del serio conflicto de Corea, de la sangrienta rebelión argelina, de la cruenta independencia del Congo o Biafra, del Vietnam y de mil otros focos de fricción en los que la Humanidad estuvo al borde del fatal cataclismo.

Como cuando la creación del Estado de Israel y su tenaz enfrentamiento con Egipto y otros países árabes.

Como cuando Irak e Irán se enfrentaron.

Como cuando..., ¿para qué seguir?

Cierto, que todos estos peligros se habían conjurado y que, todo lo más, habían ido pasando los años en Io que se dio en llamar «La Guerra Fría», calificativo que nunca fue mu\ acertado, habida cuenta de que, desde 1990, los ánimos esta han muy caldeados y los gobernantes en constantes enfrentamientos.

No obstante, entre tanta algarada, entre tanto vocerío'» conferencias y parlamentos, los que llevaban las voces cantantes eran las tres grandes superpotencias, que se perfilaban como indiscutibles dominadores del mundo.

Estados Unidos. Rusia y la inmensa China, que ya capitaneaba la Confederación de Países Asiáticos, con un hormiguero humano que había alcanzado a los dos colosos en cuanto a ciencia y técnica, aunque conservando su propia filosofía en su manera de vivir.

Sí: la Era Atómica iniciada el 6 de agosto de 1945, cuando cayeron las primeras bombas nucleares sobre Hiroshima y Nagasaki, parecía reclamar el cumplimiento de su apocalíptico cometido, y no precisamente en cuanto a la aplicación dé su fuerza para fines pacíficos:

El verano del año 2001 se presentaba en exceso cargado de negros nubarrones bélicos, a punto de estallar la tormenta en cuanto alguien aplicase la mecha.

Y ya se sabe: las grandes catástrofes empiezan por una equivocación.

O peor aún: por cualquier majadería.

Por eso, como jefe del Mando Aéreo Estratégico norteamericano, el general Mitchs Limdberg vivía momentos angustiosos, consciente de la enorme responsabilidad que gravitaba sobre sus cansados hombros. Sabía que una llamada desde la (. asa Blanca, una simple llamada por el Teléfono Rojo, era la señal para que todo el enorme potencial nuclear del país se desatara sobre sus enemigos.

—¿Y luego qué? —preguntaba el general Mitchs Limdberg.

¿A esperar la respuesta?

— ¡Bonito panorama! —solía resoplar el general, cuando pensaba en todo esto, sentado en el sillón de su amplio despacho en el corazón del mismo Pentágono.

Prácticamente, hacía varios días que no dormía. Todo el Estado Mayor Conjunto dependía de él, y la misma Marina estaba dispuesta a cumplir sus órdenes que, a su vez, e! general recibía del señor Presidente

El gran caserón de hormigón armado, acero y vidrio, parecía un hormiguero. El alto edificio de la ONU en Nueva York, también. Doscientas diez -naciones del Mamado Tercer Mundo unían sus votos a las medianas y pequeñas potencias para interceder, en compacto bloque unido, a favor de la anhelada paz.

Pero los tres colosos no parecían escuchar sus angustiosos gritos, enzarzados en una polémica particular que sólo parecía tener una salida posible.

,La guerra!

¡La violencia!

¡La desintegración de la Tierra!

El loco rearme ya había empezado y las fábricas aceleraban la producción de ingenios destructores, cada vez más terroríficos y sofisticados. Los agentes secretos, los espías y los informadores espontáneos también «trabajaban» a tope. Llovían los informes, muchos de ellos contradictorios, sobre la capacidad ofensiva y defensiva del enemigo.

El mundo entero bailaba la danza precursora de la Muerte...

Fríamente se hacían cálculos, como si los cerebros fueran computadoras electrónicas sin alma ni conciencia, sobre las posibilidades de triunfo o derrota: sobre los miles de seres humanos que morirían: sobre los centros neurálgicos que serían más castigados: sobre las regiones que serían menos afectadas.

Sobre las posibilidades que había de subsistir.

*

Los titulares de la prensa mundial se nacían la competencia y anunciaban la catástrofe con los tonos más variados Periodista había que recurría al apostrofe para su crónica enfadado consigo mismo y con la raza a la que pertenecía por no ser capaces de encontrar el camino de la razón Otros, más sosegados, más plañideros, enumeraban lacrimosamente los resultados previsibles y el artículo lloraba en su tima impresa por la Humanidad perdida y descarriada.

Siempre brillante en su calidad de corresponsal en Washington del *Morning Star*, Ted Aworth escribió en aquellos tensos días en una de sus crónicas:

«Vamos hacia un colectivo suicidio y, si es así, todos debemos saber por qué tenemos que morir. Y no nos bastan los lugares comunes ni las frases hechas. Se nos dice que los agravios y las provocaciones de nuestros “enemigos” son serios. Admitamos que nuestros gobernantes tienen razón y no nos han engañado en esto; pero a ellos, a nuestros oponentes, también les habrán dado sus gobernantes esas mismas "“razones”. Lo que necesitamos saber es todo el fondo de nuestras, al parecer, insalvables diferencias. En último extremo, es el pueblo el que debe opinar si los motivos son suficientes para lanzarnos a una lucha en la que no podrá haber ni vencedores ni vencidos…»

La crónica de Ted Aworth fue muy comentada y máxime cuando al día siguiente remachó en su artículo:

«Parece ser que todos desean ardientemente tener la verdad de su lado; pero pocos desean estar al lado de la verdad. En otro orden de cosas, hay ciertas personas que se creen ilustradas porque se sienten llenas de decisión, juzgando que es verdad Io que no es sino convicción e inteligencia, lo que no es más que una forma de concepción. Hay otros que, porque conocen todas las palabras, creen saber todas las verdades. Pues bien: en una rueda de prensa en la que nuestros jefes no expongan crudamente todas las verdades y motivos para ir a esa lucha, nosotros podremos informar, a la vez, al pueblo de

Io irremediable de esta situación. Y si es justo, con ánimos iremos a esa batalla final, porque en último término no hay nada más hermoso que morir por algo noble y justo.»

El general Mitchs Limdberg leyó el artículo con cierto enfado y pulsando un botón de la mesa de su despacho ordenó al rostro de su secretario aparecido en la pantalla del visófono:

—Chandler… ¡Reúna una rueda de prensa para esta noche! Quiero taparle la boca a ese periodista.

El coronel Stoyte Chandler vio el rostro congestionado de su jefe en la pantalla de su visófono y preguntó:

—¿Se refiere usted al cronista del Morning Star, mi general?

—¡Sí! Me refiero a Ted Aworth. Parece que ese niño está muy empapado en Ía Constitución. ¿No suele usted leer sus artículos, coronel?

El coronel ayudante Stoyte Chandler estuvo cerca de decirle al general Limdberg que no se perdía, desde hacía años, uno solo de los artículos y crónicas del famoso periodista Ted Aworth. Pero consideró prudente ocultar ante su jefe tal admiración y balbuceó:

—Pues… Sí, mi general. Algunas veces los leo…

Pero su sorpresa fue grande al oír la contestación de su irritado jefazo:

—Pues se los recomiendo todos. ¡Dice verdades como puños…! ¡Aunque a veces nos haga la pascua! ¡No olvide mi orden, Chandler!

—No… No, señor. Rueda de prensa para esta noche. ¿No es así, mi general?

—Les recibiré en el mismo Pentágono. Infórmeles que pueden hacerme toda clase de preguntas.

—¿Todas, mi general?

—Eso he dicho, Chandler.

—Pero, señor… Usted sabe que…

—Lo que sé muy bien es que debo replicar a ese periodista. ¡Y de una forma contundente!

—Bien, señor.

El general Limdberg cortó la comunicación del visófono, pero no sin exclamar su estribillo habitual en aquellos tensos días:

—¡Bonito panorama! Ahora la prensa echándose encima, por la forma en que llevamos esta condenada crisis mundial.

Luego siguió trabajando, porque cada minuto contaba.

Podía ser vital.

CAPITULO II

Ted Aworth recibió la invitación del coronel Chandler a las cuatro de la tarde y cinco minutos. Luego habló por teléfono con Dina Blay, la bonita periodista del Women Magazine, que semanalmente se cuidaba de la crónica de alta política de la revista para la cual trabajaba.

—Habrá una rueda de prensa en el Pentágono y quiero que vengas, cariño --le informó tras los primeros saludos—. Miraré de conseguirte una invitación. No creo que puedan asistir todos los periodistas que lo deseen. Aquello se convertirá en una concentración de masas.

— Gracias, amor: eres muy amable, Ted. Pero ya tengo mi invitación.

La contestación de la muchacha dejó algo perplejo a Ted Aworth que inquirió, con tono conminatorio:

—¿Quién te la envió? Me zampo un zapato si no ha sido ese lechuguino de pelo brillante.

—Acertaste, Ted —contestó la muchacha, halagada en el fondo por aquella explosión de celos de su comunicante.

— Un día voy a remangarle las narices a-Tonmy Steiger.

—Por favor, Ted. ¡Es uno de nuestros mejores amigos!

—Dirás que es uno de tus plumíferos amigos. Mi amistad la cultiva desde que sabe que salgo contigo. ¡El tipo está enamorado de ti.

Dina Blay acarició el teléfono, mientras soltaba el chorro de su risa camarina, para decir luego, siguiendo bromista:

—¿Y eso te extraña. Ted'.’ Tú mismo has dicho mil veces que soy la mujer más «maravillosa» de la tierra.

--¡Yo no he dicho eso! —protestó el hombre, para vengar la burla —. Sabes que no me gustan las exageraciones.

-Sí, claro, cariño. Ted Aworth, el famoso y más leído periodista del mundo, siempre ecuánime v cometido,

Ted Aworth carraspeó antes de colgar, para admitir:

—¡Ejem! Bueno. Dina: en tu caso es distinto. No es ninguna hipérbole decir que eres la mujer más bonita del mundo, porque es cierto.

— ¡Eres un sol. Ted! Y también buen diplomático. Nos veremos en e! Pentágono,-es esa rueda de prensa.

—Hasta luego, Dina.

Ambos colgaron el teléfono y la muchacha fue a su habitación para cambiarse de vestido. En el fondo, aquello era una excusa ante ella misma para mirarse en el espejo y comprobar si era cierto que

resultaba una mujer atractiva. Desde que estaba enamorada de Ted Aworth se hacía la pregunta con frecuencia, temerosa de que las mujeres que siempre acosaban al famoso periodista fueran más bonitas y sugestivas que ella.

En realidad, se ha dicho con justa razón que puede haber amor sin celos, pero no sin temores. Y Dina Blay, casi de una forma angustiosa, temía que otra mujer pudiera arrebatarle el amor del hombre idolatrado.

Sin embargo, precisamente esta fuerte inclinación que sentía hacia Ted Aworth, le hacía mostrarse distante y precavida: era como una especie de defensa instintiva, como un freno, para no caer del todo en sus brazos: para no terminar de rendirse al hombre del que se contaban tantas y tantas aventuras amorosas.

Cuando pensaba en todo esto. Dina Blay hacía suya aquella parrafada de Oscar Wilde, el poeta inglés que, un par de siglos atrás, había escrito:

> Los hombres aspiran siempre a! primer amor de las mujeres. Tal es su vanidad, poco exquisita, por cierto. Nosotras, las mujeres, poseemos un instinto más sutil de la realidad: lo que apetecemos es ser el último amor del hombre…»

A Dina Blay no le importaba que Ted Aworth hubiese navegado por un océano sin fondo de mujeres desnudas. Pero ella no quería ser una más, una simple etapa más de aquella singladura amorosa sin tasa y sin freno del periodista, a quien sus prendas personales y su fama de agudo escritor, le facilitaban todas esas aventuras galantes.

Ella aspiraba a ser el refugio de Ted, el puerto seguro y abrigado donde podría descansar sin miedo a las pasadas tormentas amorosas que le habían zarandeado de aquí para allá, de este país al otro, mientras cumplía sus tareas periodísticas de corresponsal, algunas veces sumiéndole en el escándalo, si es que su pareja de turno resultaba muy conocida socialmente.

Cierto que Ted no le había dicho que se casara con él. Pero una mujer llega a la convicción de que es amada, más por lo que adivina, que por lo que le dicen. En este mudo, lenguaje. Dina Blay había captado el interés que despertaba su persona en Ted Aworth. También había notado que la trataba de una forma muy distinta a las otras mujeres que conocía. Incluso, a veces, con excesivos miramientos.

Pensando en esto, mientras se cambiaba de vestido y veía reflejada su escultural y armoniosa silueta en el espejo del gran armario ropero, la muchacha musitó con un susurro:

—Me gustaría que Ted fuese algo más… más decidido conmigo. No soy una diosa… ¡Soy una mujer!

Al instante se ruborizó de sus pensamientos. Se dijo que debía seguir mostrándose distante, como si la compañía de Ted no significase gran cosa para ella. Incluso debía alentar los requerimientos de Tonmy Steiger. El también era un hombre muy atractivo y había escalado un puesto de aita responsabilidad. Para una periodista como ella, cultivar la amistad del agregado de prensa del Pentágono significaba allanarse muchos caminos. Aquella misma invitación para la rueda de prensa que daría el general Mitchs Limdberg en su calidad de jefe del Alto Mando Aéreo Estratégico norteamericano, lo mostraba así.

Dina Blay salió con su nuevo vestido al jardín de su bungalow y accionó el mando a distancia que llevaba en el bolso para abrir el garaje. El Bronso último modelo color guinda llego hasta ella guiado por el piloto automático, e incluso la portezuela se abrió accionada por la cédula fotoeléctrica. Una vez ante el tablier, la muchacha pulsó los mandos y nuevamente el piloto mecánico registró todo lo que tendría que hacer hasta llegar a Washington. El cerebro electrónico del motor se cuidaría de todo.

De no haber sido por la tensa crisis mundial, vivir en el año 2001 sería pura delicia.

Lástima que el hombre, que había sido capaz de Crear tales técnicas y maravillas en el campo de la ciencia, como un niño travieso y enfadado que destroza sus propios «juguetes», estuviera muy cerca de enviarlo todo al infierno.

*

El general Mitchs Limdberg repasó las notas y los informes que le entregaban sus ayudantes, aplastó la punta del cigarro puro sobre el cenicero de baquelita y preguntó, dirigiéndose a su secretario particular, el coronel Stoyte Chandler:

—¿Ya están todos esos plumíferos ahí?

—Sí, mi general. ¡Y algo impacientes!

—¡Que esperen!

En el amplio hemiciclo donde se celebraría la rueda de prensa, todo un ejército de periodistas rebullía, tomando notas y sacando fotos a los generales, almirantes, y altos puestos gubernativos del país. Hombres y mujeres cuya profesión agitada y siempre inquieta les hacía a veces olvidar ciertas reglas de urbanidad y comedimiento, soltando el chorro de sus preguntas como si fueran ráfagas de ametralladora.

El joven y travieso Kingaby, corresponsal australiano en Washington, le dijo a un general lleno de condecoraciones y entorchados, enfocándole con su cámara fotográfica:

—A ver, mi general: ponga cara inteligente, por favor...

El militar no captó la agudeza y sonrió ampliamente, mostrándole a! burlón periodista con generosidad su blanca dentadura postiza sin duda alguna. Kingaby se lo agradeció con mudo saludo y fue, siempre con su cámara, en busca de otro rostro influyente del Pentágono.

Ted Aworth andaba cerca de él y le dijo al joven australiano:

—¡Eres terrible. Kingaby! Un día te retirarán el carnet de prensa.

—¿Por qué. Ted? Si. uno se amilana ante todos estos generantes estás listo.

—Una cosa es no amilanarse y otra Io que tú haces. A ese hombre le has llamado torpe en sus propias barbas.

Kingaby sonrió divertido, mientras recaí raba su cámara fotográfica. El periodista australiano siempre sonreía' si alguna vez intentaba ponerse serio, eran los demás los que son reían ante aquella mueca que no duraba mucho. Kingaby era un hombre lleno de anécdotas, «chismes» y chistes de sal gorda Nada le detenía ni se paraba ante nada: Había entrevistado a las más famosas celebridades mundiales y de él se contaba que, cierto día, un ganadero australiano amigo suyo que necesitaba pienso para sus animales, había puesto un anuncio en su diario diciendo:

«Caballo supersticioso cedería sus cuatro herraduras por cien kilos de cebada.»

Bien: el resultado fue que consiguió más de diez kilos de cebada y que su amigo ganadero salió del apuro. Kingaby no tuvo más que proveerse de un gran número de herraduras y un caballo viejo, dándole a cada uno que se presento con los cien kilos de cebada las cuatro herraduras prometidas en el anuncio.

Desde aquel día. Kingaby se había echado el mundo por montera.

¿No significaba aquello que había más superstición entre los hombres que entre los caballos, que se enteró del anuncio y le hicieron servir para sacar de la ruina a un buen amigo?

Precediendo al general Mitchs Limdberg avanzó por el pasillo su coronel ayudante Stoyte Chandler y dijo, una vez lograron situarse en sus puestos, frente -a todos los periodistas:

La rueda de prensa va a empezar...

Hizo una pausa y rápidamente añadió, menos serio:

—Bien, muchachos: corno nos conocemos y me consta que son bastante revoltosos, para mantener un orden empezaremos de derecha a izquierda.

Nueva pausa estudiada soportando algunos comentarios, antes de seguir al indicar:

—Aquella linda señorita de la derecha, sentada en primera fila, tiene la palabra. El general Mitchs Limdberg contestará a cuantas preguntas le haga.'

La rueda de prensa en el Pentágono había empezado…

CAPITULO III

Minutos después, tras el primer tiroteo de preguntas y respuestas, el general Mitchs Limdberg creyó conveniente informar a su atento auditorio, iniciando un pequeño discurso que traía preparado:

—Caballeros, nuestra posición debe ser de fuerza porque, si nos descuidamos, a la vuelta de pocos años la Confederación de Países Asiáticos puede convertirse en la potencia atómica más peligrosa del mundo. Y no por la posibilidad de que llegue a igualar el poderío de Occidente, sino porque sus fanáticos dirigentes no parecen comprender todo lo que significa una guerra nuclear y, por consiguiente, no se les puede convencer con argumentos racionales.

Hizo una estudiada pausa tras su introducción, para añadir:

—Los dirigentes de la Confederación de Países Asiáticos están demostrando que persisten en el error, sumamente peligroso, de creer que en sus países podrán sobrevivir a una guerra atómica...

»Lo confirma e! hecho de que, una tras otra, han hecho fracasar todas las Conferencias de Desarme Nuclear, así como todo nuestro esfuerzo para Io contrario Nadie olvidará que desde los tiempos de Mao Tse-Tung vienen diciendo: "Si la mitad de la Humanidad fuera destruida, quedaría todavía la otra mitad. Pero el 'imperialismo' desaparecería totalmente y sólo quedaría nuestro mundo, nuestro modelo de sociedad. Al cabo de medio siglo, o de un siglo, o de un siglo entero, la población habría aumentado otra vez en más de la mitad...

Nueva pausa tras esta cita, para seguir:

—No sabemos aún en qué basan estos cálculos, para creer que la mitad de su población sobreviviría a la Gran Catástrofe. No obstante, aparentemente hay algunos hechos que apoyan sus razonamientos. Razonamientos que sus dirigentes utilizan hábilmente.

Tras algunas risitas y comentarios, el general Limdberg prosiguió, aún con más ardor:

—Por ejemplo: el hecho número uno es que la Confederación de Países Asiáticos es la más populosa de la Tierra, ya que actualmente son más de 2.000 millones de habitantes. No hace muchas semanas, un periodista que está entre ustedes y que tuvo la oportunidad de entrevistar a un alto dirigente de nuestros antagonistas, recibió —según más tarde reflejó en su crónica— esta contestación: «¿Qué nos puede importar si ustedes aniquilan a mil millones de asiáticos? Todavía nos quedarían mil millones más. De aquí pueden ustedes deducir que nosotros seríamos los últimos en sucumbir...»

Todas las miradas se centraron en el puesto que ocupaba Ted

Aworth, conocedores de que él había sido el autor de tal artículo, tras la entrevista a la que había hecho alusión el general conferenciante, que siguió al poco:

—EJ hecho número dos que ellos aducen es que sólo una séptima parte de su inmensa población está concentrada en las ciudades. Y sus dirigentes parecen sacar de esto una ventaja positiva al tener menos que perder, pues calculan que no se iba a arrojar bombas atómicas donde hay desperdigados millones y millones de campesinos.

El general Mitchs Limdberg consultó un par de cuartillas, encarándose con valentía a su auditorio al razonar:

— Hombres equivocados por tales hechos son hombres muy peligrosos, si es que ejercen el poder. No vamos a presumir ahora del inmenso poderío nuclear de Occidente, Pero conviene que todos recuerden que el arsenal bélico de nuestro país es tan considerable, que incluso ha sido preciso disminuir, en ciertas etapas de los últimos años, el ritmo de producción nuclear para fines estrictamente militares. Por otra parte, el Alto Mando Estratégico tiene centenares y centenares de bombarderos en constantes vuelos, capaces cada uno de llevar bombas de terrible poder destructivo, tal como las de cien megatoneladas, o sea —para que muchos Io entiendan mejor—. el equivalente a cien millones de toneladas de trilita. Eso sin contar que en nuestros arsenales hay más de dos mil proyectiles balísticos con cabeza de combate nuclear y nuestros submarinos atómicos viajan por el fondo de los mares con los «Goliats», de mayor potencia destructiva que los antiguos «Polaris».

Ante tales cifras, no ignoradas pero si olvidadas por muchos, nuevos murmullos se levantaron en el amplio hemiciclo. Pues ocurre con frecuencia que, habituados al peligro, no calibramos toda su densidad hasta que hacemos nuevo análisis de él.

Una mano alzada del general reclamó silencio, antes de seguir:

—Estoy seguro de que muchos de ustedes opinarán que la fuerza nuclear de Occidente prevalecerá. Hasta ahora ha sido así, afortunadamente. Crisis como la presente han sido superadas con sólo enviar a nuestros oponentes un firme ultimátum... o bien haciéndoles una palpable demostración de nuestra fuerza.

Los vivaces ojillos del general Mitchs Limdberg recorrieron la sala, antes de continuar:

— Pero la Confederación de Países Asiáticos no es Rusia, y ni tan siquiera la China aislada. Los fanáticos dirigentes que rigen los destinos de todos esos países son aún más duros, más fanáticos. En última instancia, no olviden que la doctrina de los que proponen la disuasión nuclear depende del estado de ánimo de nuestros oponentes más que de nuestro poderío atómico, y Io que sabernos y deducimos de esos dirigentes y su estado de ánimo es muy alarmante, señores...

«Tengo un informe aquí que confirma mis temores. No hace mucho esos dirigentes concedieron la entrevista a! cita do periodista, Ted Aworth, y nadie mejor que él podrá recordarles a ustedes el resultado de la misma...

La mano del general Limdberg señaló al periodista aludido, que se puso en pie, volviendo a ser el centro de todas las miradas. Y empezó a decir:

—Estuvimos hablando de muchas cosas, entre ellos de los efectos de la lluvia radiactiva. Me di cuenta de que ellas temían conclusiones totalmente equivocadas. Por ejemplo: uno de esos dirigentes me dijo que había leído informes sobre los estudios, realizados en los atolones de Somoa y Okanga, en el Pacifico Sur, donde no hace mucho llevamos a cabo algunas pruebas nucleares. Basándose en el informe de los científicos que les indica que la fauna y la flora han vuelto al poco tiempo a prosperar en aquellos islotes, ellos concluyen que la lluvia radioactiva no es tan peligrosa.

—Esta deducción es totalmente errónea —atajó el general Limdberg, para seguir con su conferencia informativa, una vez hizo intervenir a Ted Aworth.

El vivaz periodista australiano Kingaby se levantó, indicando con su acostumbrada agudeza:

—Perdone, general Limdberg: pero la culpa la tiene en gran parte la Comisión de Energía Atómica de su país que, en un principio resto importancia al problema de la lluvia radioactiva, aplicándole una serie de adjetivos que la hacían parecer relativamente insignificante y sin mucha importancia.

El joven Kingaby se ganó una ovación de aplausos, animándole a decir con voz más alta:

—Creo firmemente que ninguna potencia atómica debería sabotear su propia política de disuasión, subestimando ella misma el poderío de sus armas.

Nuevos aplausos, comentando en voz baja Dina Blay, que había procurado sentarse junto a Ted Aworth:

— Kingaby es terrible. ¡Nunca pierde la oportunidad de lanzar sus alfilerazos!

— Es un gran chico. Dina. Como australiano, sabe que su país sufrirá muy directamente los terribles efectos de esa lluvia radioactiva, si se desencadenara la guerra nuclear.

—¡Calma, caballeros! .—reclamó el coronel ayudante del coronel Mitchs Limdberg, viendo que su jefe empezaba a decir:

. —Quizá tenga razón el señor Kingaby, amigos míos. Pero a los militares nos llevaba el interés de seguir ensayando sobre armas nucleares cada vez más potentes y eficaces.

—Perdón, señor —interrumpió todavía sin sentarse el periodista

australiano—. Cuando dice cada vez más., «eficaces»... ¿se entiende cada vez más mortíferas, para terminar con los hombres, con la vida de la Humanidad, mi general?

—Es una pregunta capciosa, a la cual el general Limdberg puede negarse a contestar —intervino el apuesto coronel Tonmy Steiger, como agregado de prensa del Pentágono, encargado de encauzar el diálogo de todos los periodistas.

—Perdone, señor Steiger —admitió Kingaby, sentándose—. Y perdone mi interrupción al general.

—Hasta ahora —volvió a tomar el hilo de su discurso el general del Alto Mando Estratégico—, todo el esfuerzo de disuasión en nuestra política 'internacional nos ha dado buenos resultados. Para que a nadie le quede la menor duda en cuanto a las consecuencias de una posible guerra atómica, nuestro-secretario de Defensa ha dado amplia información del poderío de nuestra nación.

—O sea, la antigua política .de nuestros antepasados ---objetó una voz—. ¡Mostrar nuestro buen «garrote», a punto de castigar!

Algunos aplausos a la alusión, nuevos comentarios, risitas y al fin otra vez la voz del conferenciante:

—Creo haberles dicho que esos dirigentes obran ciegamente. Todo intento de demostrarles lo que significaría una guerra termonuclear, resbala sobre su ciego fanatismo. Por ejemplo, en un detallado informe militar se les ha indicado lo que sucedería de ser atacada China y la India por nuestros bombarderos tripulados. Por encima, les diré que se puede calcular que en la primera oleada nuestros aviones lanzarían unas cuatrocientas bombas del tipo de veinticinco megatoneladas, lo que equivaldría a... ¡DIEZ MÍL MILLONES de toneladas de TNT. o sea, más de siete mil toneladas por habitante, hombre, mujer o niño...!

Nuevos murmullos y hasta exclamaciones ahora, ante la realidad de aquellas cifras que, con su habitual pericia, el general Mitchs Limdberg sabía hacer bien patentes con sus ejemplos y acertadas comparaciones.

Aún quiso remachar estas opiniones y añadió:

— Les diré que una sola bomba de veinticinco megatoneladas es un pavoroso instrumento de destrucción. Bastará recordarles que son unas 1.250 veces más potentes que las que se vieron obligados a arrojar en Hiroshima y Nagasaki, ya hace muchos años. La onda de choque de semejante bomba destruiría casi la totalidad de los edificios en una superficie de. 650 kilómetros cuadrados, causando la muerte a un ochenta por ciento de la población.

Se tomó un respiro al exclamar:

—¡Pero hay más, señores! Cuando una monstruosa explosión así se produce en la Tierra, la bola de fuego resultante absorbe grandes

cantidades de cascotes y escombros que, pulverizados al segundo, a su vez se convierten en materia de destrucción. Esta masa de partículas radioactivas es elevada después por la corriente de aire de la inmensa nube originada por el estallido, para volver a caer en la Tierra al cabo de algunas horas.

»Los expertos llaman a esto “lluvia sucia", y ello agrega una nueva dimensión a la guerra nuclear, haciéndola mucho más mortal. Cosa que no parecen querer entender esos dirigentes que les digo…

Gentilmente, el general Limdberg cedió la palabra a un experto en cuestiones nucleares, que se levantó para leer el siguiente informe:

—Señores, la precipitación radioactiva de una sola bomba de veinticinco megatoneladas puede cubrir, con su residuo letal, una superficie de 38.000 kilómetros cuadrados. Esto es la superficie total de una nación como Suiza, por ejemplo… Carraspeó el sabio atómico, antes de añadir:

—En algunos lugares de esa gran extensión de terreno, la contaminación sería tan grande, tan intensa, que exponerse a ella durante una hora significaría infaliblemente la muerte.

Nuevamente volvió a tomar la palabra el general Mitchs Limdberg apuntando como experto militar:

—Para sobrevivir a esa lluvia mortífera, los habitantes de la Confederación de Países Asiáticos tendrán que buscar refugio en cuevas previamente preparadas, bajo tierra. Mas, aunque así lo hicieran, el mundo al cual saldrían los pocos supervivientes no sería muy seguro.

Aprovechando que el general Limdberg bebía un poco de agua, un periodista preguntó:

—¿Qué porción del territorio de la India, por ejemplo, quedaría contaminado por esa radioactividad, por esa «lluvia sucia»?

—La respuesta es un simple problema de aritmética, señor —contestó Mitchs Limdberg, al que no le gustaba perder tiempo—. Si una sola bomba de veinticinco megatoneladas contamina, como ya nos han dicho, una extensión de .38.000 kilómetros cuadrados, multiplique eso por cien, doscientos, cuatrocientos o quinientos y obtendrá el resultado.

— El periodista que había hecho la pregunta se sintió algo avergonzado: pero la voz el Alto Mando Aéreo Estratégico le ayudó, siguiendo:

— Pocos ignoran que las fronteras nacionales de la actual India propiamente dicha, y no sus aliados y satélites, tiene un área de unos 10.473.245 kilómetros cuadrados, aproximadamente la misma extensión que tiene Canadá. Pero repetimos que la mayor población está concentrada eh sus trece provincias más fértiles: lo que quiere decir que unos mil millones de hindúes viven en la quinta parte de su

inmenso territorio: Io que ellos llaman la «buena Tierra», que ha sido tradicionalmente su despensa.

Con su agudeza de siempre, el joven australiano Kingaby interpretó las últimas palabras del conferenciante y atajó: —En otras palabras, señor:, que eso no significa un área muy grande y los mandos militares calcular, que bastarían con unas cuatrocientas bombas.

Mitchs Limdberg no se amilanó y confirmó, como experto militar:

—Diga más bien superbombas, señor Kingaby. De esta forma estaríamos más seguros. ¿Olvida que ya las tenemos de cien megatoneladas?

Ted Aworth había permanecido muy silencioso durante gran parte de la rueda de prensa, limitándose cuando se inició. a formular las preguntas esenciales para informar al público para el cual escribía. Todos aquellos datos y .palabras que recordaban que la guerra siempre había sido una actividad nefanda, se los sabía de memoria y no le interesaban, Pero sí quiso saber al preguntar:

—¿Y ellos, general Limdberg? ¿De cuántas megatoneladas tienen «ellos» sus bombas atómicas?

El genera! en jefe del Alto Mando Aéreo Estratégico sonrió. antcs.de contestar:

—Para poder contestar de una forma precisa a su inquietante pregunta, señor Aworth, créame que hasta sería capaz de ofrecer mi vida... Y ahora, si me lo permiten y para que ustedes a su vez puedan escribir sus crónicas que informen al mundo, dejemos que el señor Hinz, como sabio atómico, complete este coloquio con algunos datos interesantes.

El señor Hinz se levantó, consultando sus cuartillas al decir:

—Pese a todo Io que hemos vuelto a recordar aquí, cuesta trabajo concebir todo el horror que significa una guerra nuclear." Por si ello contribuye a frenar a nuestros oponentes acuciados por la opinión mundial, vayan por delante estos datos: e! factor especial es el radioactivo, o como decimos los expertos, el estroncio 90 que resulta de la fisión del átomo de uranio. Tiene una vida media de veintiocho años, por lo que en el año 2029 todavía se encontraría la mitad del estroncio 90 producido por el resultado de los estallidos de las bombas nucleares y una cuarta parte de su cantidad persistiría en el suelo hasta bien entrado el año 2090...

Ya, el profesor Hinz no tenía necesidad de consultar sus notas, aunque por modestia natura! de vez en cuando miraba las cuartillas que tenía ante él y prosiguió:

—Por su afinidad química con el calcio, este elemento seria absorbido por los alimentos, pasaría al organismo humano y allí se «asentaría» para producir horribles tumores óseos, cáncer y otras

enfermedades incurables.

— En otras palabras, profesor Hinz —intervino ahora Dina Blasy —. Que la potencia del estroncio 90 es tal. que cayendo de esa «lluvia sucia», en esa lluvia radioactiva, puede destruir totalmente la vida.

—De una forma absoluta no. señorita —informó el sabio—. Se presupone que la Confederación de Países Asiáticos tiene ya construidos infinidad de refugios .subterráneos, como nosotros, para el caso de una guerra termonuclear: pero la tierra, el suelo... quedarían durante esos años prácticamente contaminados.

Impaciente, volvió a tomar de nuevo la palabra el general Mitchs Limdberg, diciendo con profundo sentimiento:

—Si esos fanáticos dirigentes llegan a comprender estas verdades, casi estoy por afirmar que desistirán de emprender esa aventura que parecen dispuestos a empezar.

—¡Debemos hacer lo posible para que así lo entiendan! —gritaron varias voces a la vez.

—¡Sí! ¡Hay que apurar todas las posibilidades!

Nuevamente el coronel ayudante del general Mitchs Limdberg reclamó silencio, aclarando muy serio:

—Son ustedes, corno periodistas, como cronistas, escrito-re y como los que en muchas ocasiones forman la conciencia y la opinión mundial, los que deben afanarse en sus crónicas y artículos para inculcar al mundo unas ideas pacifistas que eviten la posible catástrofe.

Con mudo gesto le atajó el general en jefe Mitchs Limdberg, que alzó la voz, agradecido, mirando a su ayudante personal y diciendo:

—Como en tantas ocasiones, el coronel Stoyte Chandler ha interpretado a la perfección mis intenciones, amigos míos. El hecho de haberles reunido aquí, en esta rueda de prensa que algunos de ustedes solicitaban, no tiene motivo que recordar, vivamente, casi de una manera gráfica, lo que se avecina. Y si todos hemos de trabajar para que tal cosa no ocurra, a ustedes también les compite arrimar el hombro, estrujando sus privilegiados cerebros. Espero que sacrifiquen todo estilo literario a la verdad objetiva y que, en todo caso, las alas que les presten su imaginación contribuyan a dar una imagen rea! de lo que significaría la catástrofe.

Dio por terminada la rueda de prensa levantándose, pero no sin añadir:

—Por nuestra parte, estamos apurando todas las vías diplomáticas. Al hombre le esperan nuevas tareas en las cuales luchar y competir: saben que me estoy refiriendo a la conquista del espacio, donde nuevos mundos nos esperan así que superemos el esfuerzo para llegar hasta ellos. Y. en último término, pronto anunciaremos un nuevo experimento nuclear, donde serán probados otros ingenios... ¡Dios

quiera que esas nuevas pruebas les sirvan de disuasión!

Vio que algunos de los periodistas no se levantaban y anunció siempre enérgico y tajante:

—Hemos terminado, caballeros. ¡El tiempo vale dinero…! Y quizás también… ¡millones de vidas!

CAPITULO IV

Reunidos en la regia mansión la multimillonaria y caprichosa Jennifer Newman, tenaz aficionada a coleccionar perros caniches, cuadros abstractos, caballos pura sangre... ¡y maridos! —con los consiguientes divorcios—, Dina Blay y Ted Aworth dialogaban, apartados de los numerosos invitados para conseguir así, al menos, un poco de intimidad.

Desde unas semanas atrás Washington padecía la misma efervescencia que afectaba a todas las grandes, ciudades de la Tierra. Se diría que, conscientes de que podía llegar de un instante a otro el último hálito de la vida, todos se lanzaban al desenfreno de las grandes fiestas y reuniones, como si un secreto instinto les pidiera al menos morir junto a los amigos.

Corría la voz de que Paul Getty, uno de los hombres más ricos del mundo, había hecho donación de su inmensa fortuna a una institución benéfica de Londres, tras una fabulosa fiesta en la que todos sus invitados recibieron como «postre» cazos de diamantes sin tallar, de los muchos que eran extraídos en sus ricos yacimientos del África el Sur.

También se decía que Yasio Yakimoto, el mayor naviero japonés cuya flota superaba los mil barcos, se había presentado en el Consulado de China y había tenido una larga charla con el representante principal de aquel pueblo. El resultado de la entrevista había sido la entrega de las escrituras, por las cuales, bajo la firma y el sello de Yasio Yakimoto, la República Popular China pasaba a ser la propietaria de todos sus cuantiosos negocios, con la condición de que sus dirigentes más responsables se opusieran a declarar la guerra atómica durante lo que faltaba de mes.

¡Ahí era nada!

Mías do cien mil millones de dólares había «pagado» el viejo Yasio, por tener la seguridad de que podría vivir tranquilo los últimos veinte días del mes de junio del año 2001.

Hablando de lo que el multimillonario japonés había pagado por aquella relativa y corta tregua, un pesimista de la reunión dijo:

— Es más difícil que no estalle la guerra, que atar mosquitos o tragar camelias.

Su comentario —que pretendía ser ingenioso— no obtuvo ni e! premio de una sonrisa, porque alguien que llegaba en vuelo directo de París contó a todo aquel que quiso escucharle que el presidente de la República francesa había dimitido. Su comentario fue:

—Dijo al Parlamento y a la Asamblea que no quería tener la

responsabilidad de dirigir a un atajo de locos en tan críticos momentos. ¡Y dimitió, el tío:

—Esa excusa es más absurda que pedirle a un pez que se bañe —volvió a apuntar el chistoso dé! anterior comentario, por si esta vez tenía más suerte.

No la tuvo, porque una mujer dio la noticia de que Sandra Scarletty, la más famosa cantante de ópera, se había lanzado a la calle desde el piso más alto de su palacete florentino, tras leer unos comentarios sobre lo que podría ser una guerra atómica, que según el articulista ya resultaba del todo inevitable.

—Haría calor y necesitaría aire fresco —sentenció el misino chistoso—, ¡Por eso se tiró!

Nadie le hizo caso, porque todos hablaban a la vez y más que escuchar las opiniones o comentarios de los otros, se habían reunido allí para oírse a ellos mismos: para soltar sus opiniones y así en parte desahogarse.

El caso era no sentirse solo, no pensar solo, no abismarse en la Gran Catástrofe que podía suceder, o al menos, como decían los antiguos vaqueros del Oeste americano, morir fuera de la cama, con las botas puestas y libando el último sorbo de la vida.

— Todos esos asiáticos necesitan un buen escarmiento —dijo alguien, muy belicosamente.

— Lo malo es que una vez abierta la caja de los trueno habrá fuegos artificiales para todos —argumentó otro.

Una mujer se desmayó. Algunos dijeron que fue por el miedo que despertaron en su ánimo todos aquellos comentarios. Los más maliciosos cuchichearon que el desmayo se debía a un exceso de whisky escocés, del que la anfitriona Jennifer Newman hacia servir a sus invitados como si fuese horchata.

Lo que si era cierto es que el mundo entero vivía una loca carrera de desenfrenos y que las cosas más peregrinas y absurdas ocurrían en aquellos últimos días.

Por ejemplo, cada día habla más peticiones de jóvenes que no llegaban a los dieciocho años, pero insistían en casarse. Muchachitas que apenas habían cumplido los quince, abogaban con firmeza:

—¡Tenemos derecho a vivir la vida con todas sus palpitaciones! Nuestros padres tuvieron tiempo... ¡Nosotros, no'

También hubo más peticiones de divorcio. Algunos, incluso no esperaron que los tribunales resolvieran sus casos tiraron por la calle de en medio, saltándose todas las leyes a la soltera al decir a su anterior consorte:

—¡Ahí te quedas, monina! ¡Baybay!

No había nadie que cumpliera un compromiso contraído.

¿Para qué?

El robo, la criminalidad y los abusos aumentaron de forma alarmante en todos los sitios y latitudes. Se hubiera dicho que volvía la ley de la fuerza, como en los tiempos antediluvianos, cuando el que esgrimía la estaca más grande y potente lograba imponer su voluntad.

La policía se veía y deseaba para lograr establecer el orden, hasta en las más pequeñas comunidades. Una especie de psicosis colectiva se apoderaba de la gente que quería hacer —en muy poco tiempo—, en los días que les quedase de vida, lo que había sido el dueño dorado de toda su resignada existencia.

Las barreras de los convencionalismos saltaban hechas pedazos por el afán desmedido de disfrutar, en pocas horas, el mayor número de placeres posibles. Esto llevaba al hombre gradualmente a convertirse en una fiera, en un animal de presa para sus semejantes, apartándolos como fuera si le estorbaban.

Las mujeres no se quedaban atrás. Furias desatadas en los casos más extremos y de mayor degradación moral, eran presas fáciles de aquel estado de cosas en donde el final se adivinaba pronto. Los escándalos se sucedían y la misma Jennifer Newman, por otro lado mujer siempre de exquisitos gustos y refinada educación, se lamentaba a! comentar entre sus invitados el posible fin del mundo:

—¡Lástima! De mis cinco divorcios sólo tengo recuerdos desagradables. ¡No tuve suerte al elegir a mis maridos! Me llevaré a la tumba !a impresión de que los hombres no valen una lágrima...

El joven periodista australiano Kingaby era otro de sus invitados y al oírla comentó, con su agudeza habitual:

—Mi querida Jennifer: con los hombres y con las mujeres, bien está que se queje de su mala suerte... ¡Pero no debe desacreditar la mercancía, mujer!

Jennifer Newman juntó las manos y exclamó, fijos sus codiciosos ojos azules en el joven periodista:

—¡Ah, si te hubiera conocido entonces a ti. Kingaby! Otro gallo me cantaría.

Pese a su mordacidad, por cortesía, Kingaby no dijo lo que pensaba en aquel instante. ¿Para qué amargar a la dueña de la casa recordándole que casi le doblaba la edad? Cuando Jennifer Newman se lanzó a la loca carrera de buscar a su primer marido, Jim Kingaby andaba con calzón corto persiguiendo a su vez canguros saltarines en su querida Australia.

Por eso se limitó a sonreír y propuso a la anfitriona de la fiesta:

—Querida Jenny. ¿Por qué no tomas todos tus perros, todos tus cuadros abstractos y a algunos amigos y en tu lujoso yate emprendéis un largo crucero? Seguir en Washington es peligroso. El primer «confeti» que nos envíen, caerá precisamente por aquí.

Jennifer Newman hizo un nuevo aspaviento y exclamó: —¡Eres

genial, Kingaby! ¡Es una excelente idea!

El elegante y siempre pulcro Tonmy Steiger se acercó agilando tos cubitos de hielo en su vaso, para decir de forma un tanto indolente:

—Yo he pensado Io mismo y se lo estaba diciendo a Yai Siegel, a Werner Tay y a Mitzi Hyer. Los cuatro aceptaríamos ser invitados tuyos, querida Jenny.

—Ya somos seis, Tonmy. —aceptó al instante la multimillonaria.

Y al instante, acercándose a! periodista australiano, apuntó:

—¡Kingaby será mi pareja!

Kingaby tragó saliva y a! hacerlo casi se atragantó. Ya se veía enroscado en los brazos expertos de aquella odalisca desenfrenada, y protestó:

—Lo siento, Jenny: tengo algunos compromisos y...

—¿Qué clase de compromisos? —protestó la cuarentona—. ¿Alguna rubia?

—Tengo que escribir algunos artículos, enviarle a mi jefe algunas crónicas a Sidney y terminar el último capítulo de la novela que estoy escribiendo.

Nuevamente, con la calma que era habitual en él, e! agregado de prensa del Pentágono intervino:

— Podrás dedicarte a escribir el último capítulo, de tu novela. querido Kingaby: pero no creo que puedas escribir una sola línea de esos artículos que dices.

—¿Cómo dices, Tonmy?

—O. al menos..., no se publicarán.

Jim Kingaby miró extrañado a Tonmy Steiger y preguntó: —¿Qué quieres decir? ¿Por qué no se publicarán mis artículos?

Tonmy Steiger guardó silencio antes de contestar, bebiendo otro sorbo del frío whisky que contenía su vaso. Normalmente, siempre se recreaba antes de soltar una noticia: disfrutaba con el privilegio de ser uno de los pocos hombres del país que tenía acceso a los secretos del Alto Mando Conjunto del Pentágono y, cuando vio que el corro de invitados aumentaba en torno a ellos, Io soltó:

—Mañana se publicará una nueva ley de prensa.'.. La Casa Blanca ha decidido suprimir, momentáneamente, por unos días nada más, todos los diarios. Es una medida prudente

que se ha tomado tras serias deliberaciones, amigos míos. Muchos de los artículos que se publican en estos días de tensión internacional son contraproducentes. Con tal de aumentar sus tirajes y aprovechando el sensacionalismo. hay periodistas que están cargando las tintas negras de tal manera que el público, la gente sencilla, decide obrar por la tremenda, con la firme convicción de que está viviendo sus últimos días...

—¡Pero esa medida es anticonstitucional! - protestó Ted Aworth,

que se había acercado como otros muchos al corro formado.

—Querido Ted. cuando el país y quizá el mundo entero está en peligro, el presidente puede usar del poder ejecutivo -replicó Tonmy Steiger.

— Bien: que use de ese poder y haga lo que quiera —replico á! instante Ted Aworth—. Pero ¿ya han pensado en las consecuencias? Esa carencia absoluta de noticias alarmará mucho más a Ía gente. Creerá que ha llegado el final y que cada minuto puede ser el último. ; Resultará desastroso. Tonmy!

--No lo creas; ya se ha pensado en eso y el país no estará sin noticias. La Televisión y todas las cadenas de radio funcionarán durante las veinticuatro horas en esos días y d público estará enterado de todo lo que pasa. Pero el Gobierno podrá así controlar mucho mejor todas las informaciones y no habrá lugar a falsas alarmas, que están creando una psicosis colectiva de desenfrenos y suicidios.

La alegre fiesta de Jennifer Newman se había convertido en una reunión de personas serias que hablaban de cosas tristes y terribles. En una reunión de hombres y mujeres íntimamente asustados, angustiados sin decirlo ni confesarlo, pese a estar allí para divertirse y pasarlo bien. No podían evitar vivir los instantes cruciales por los que estaba pasando el mundo entero.

Las últimas aclaraciones de Tonmy Steiger parecían bastante sensatas, y al no objetar nada ninguno de los presentes, el agregado de prensa del Pentágono remachó, justificando las drásticas medidas del Gobierno:

—¿Han leído alguno de ustedes las páginas de sucesos de cualquier diario? El Departamento de Prensa de la Casa Blanca si lo ha hecho, quedando horrorizados: en los dos últimos días, en Londres ha habido mi! suicidios y noventa crímenes, amén de ciento treinta asaltos a bancos, trece mi! robos y unos treinta mil delitos de menos cuantía. En Paris ha ocurrido otro tanto. Y en Berlín, Viena. Roma, Madrid. Y gran parte de todo esto es debido a los titulares y los artículos de la prensa.

Werner Tay, un hombre que veía enemigos por todas partes, exclamó con firmeza:

—Tonmy tiene razón. Yo diría que la misma Confederación de Países Asiáticos está azuzando todo ese fuego, para que nos cozamos todos en el caldo del terror y el miedo. ¡Son muy listos!

Su amigo Yal Siegel era de la misma opinión y remachó:

—¡Esa es la fija! Si el mundo enloquece presa del terror, no tendrán que. usar ni sus bombas atómicas.

—Al menos en nuestro país no ocurrirá eso —volvió a intervenir Tonmy Steiger—. Las noticias que se den por la radio serán comedidas y alentadoras. Se procurará que todo siga igual, hasta

vencer estos días tan críticos.

Dina Blay presionó e! brazo de Ted Aworth. susurrándole sólo para él:

— ¿Crees que será prudente dejar sin información escrita al país, Ted?

—No Io sé de cierto. Dina. Pero si ya lo han decidido así, tendremos que aceptarlo. Es posible que se eviten mayores males.

— Esa es la intención de! Gobierno, Ted —contestó a sus palabras el elegante Tonmy Steiger—. Mañana se leerá el comunicado por todas las emisoras y el pueblo comprenderá la medida.

Siempre animosa y deseando alegrar su fiesta. Jennifer Newman comentó, sonriéndole a Jim Kingaby:

—Lo cual significa que todos los periodistas se tomarán unas «vacaciones» forzosas. Eso os pasa por ser unos grandísimos bribones embusteros, que aterrorizáis a la gente con el pesimismo de vuestros artículos.

—Yo no he aterrorizado a nadie —se defendió Kingaby—. En los últimos días me he limitado a escribir la conveniencia de cazar canguros en Australia, o dedicarse a la pesca de pirañas en el Amazonas.

—Podernos ir a pescar tiburones al Pacífico —insistió Tonmy Steiger—. ¿Qué hay de ese crucero en tu yate. Jenny?

Incisivo, molesto por las miradas descaradas que de vez en cuando el agregado de prensa del Pentágono lanzaba a la bonita Dina Blay, Ted Aworth le preguntó directamente: —¿Tú también disfrutarás de «vacaciones» forzosas. Tonmy?

—Por supuesto. Ted. Si no sale un solo diario a la calle. el general Mitchs Limdberg no me necesitará para nada. No olvides que mi función es controlaros, en cierta forma, a

vosotros.

Dando palmadas, Jennifer Newman animó:

—No se hable más de eso. Mi yate tiene sesenta camarotes... ¿Quién más se apunta?

Hizo un mudo gesto al mayordomo encargado de la servidumbre y pidió:

—Toma nota, Sammy. ¡Puedo invitar hasta ciento veinte! Muchos se miraron sorprendidos, pero fue el alarmado Jim Kingaby quien preguntó:

—¿Has dicho ciento veinte, Jenny? Si tu yate tiene sesenta camarotes... ¿Dónde van a alojarse los otros sesenta invitados?

Jennifer Newman le obsequió con Ía mejor de sus sonrisas, contestando evasivamente:

—A veces resultas de una ingenuidad encantadora, querido Jim. Se presupone que para que resulten igualados mis invitados, serán

sesenta parejas, hombre.

Jim Kingaby aún pareció alarmarse más, y entregando su vaso a Ted Aworth empezó a escabullirse al decir:

—Perdonad, amigos. ¡Ahora recuerdo que. tengo que hacer una llamada telefónica a mi abuelo!

La carcajada fue general y los ánimos volvieron a ser optimistas como si todos se empeñaran en olvidar la terrible amenaza que, como una gigantesca espada de Damocles, pendía sobre el cuello de la Humanidad.

La orquesta creyó que era el momento de empezar el baile y con sus acordes musicales invitó a muchas parejas a salir a la gran terraza, donde las estrellas, lejanas y ajenas a los problemas cíe los hombres, parecían enviarles guiños divertidos en su fulgor eterno que tachonaba el cielo.

Tonmy Steiger se acercó a Dina Blay, invitándola:

—¿Bailamos, Dina?

Fugazmente, la muchacha miró a Ted Aworth; pero al instante se dijo con cierta rebeldía íntima que no tenía por qué pedirle permiso a él para bailar con otro hombre. A fin de cuentas, no eran nada más que buenos amigos, aunque en secreto ella estuviera perdidamente enamorada del apuesto periodista.

Y Dina y Tonmy se pusieron a bailar…

CAPITULO V

Mientras bailaban, Tonmy Steiger preguntó a su pareja:

—¿Aceptarás la invitación de Jenny?

—No creo que estén las cosas para un crucero de placer, Tonmy —repuso Dina Blay.

—¡Al contrario, bonita! Ahora es cuando más debe uno libar el néctar de la vida, mujer.

—¿Eres también de los que creen en el fin del mundo? ¿Apruebas a esos locos que pierden la cabeza y se lanzan a toda clase de desenfrenos, con la excusa de que la guerra atómica es inevitable?

Tonmy Steiger no perdió su habitual calma y se limitó a oprimir más fuertemente entre sus brazos a la mujer. Y su voz casi era un susurro al musitar.

—Creo en la vida, porque existes tú. Dina. El mundo me parece hermoso y temo per él ¡Pero más temo no conseguirte a ti!

Dina Blay creyó conveniente dejar de bailar. Pero el hombre le siguió los pasos, incluso sin molestarse al oír.

—Ya hemos hablado de eso otras veces. Tonmy. Sabes que no estoy enamorad? de ti.

—El amor es un fruto de! matrimonio, querida. Cuando seas mi esposa Io comprenderás.

—No insistas. Por ahora no he pensado en casarme.

—¿Ni incluso con Ted Aworth*

La pregunta de Tonmy Steiger estaba cargada de reproches y ella contestó con otra evasiva:

—Ted nunca me ha pedido que-me case con él.

—¡Ni lo hará!

—¿Por qué estás tan seguro. Tonmy?

—Ted Aworth es un conquistador de mujeres fáciles. ¡Y siempre será así!

—Ha cambiado mucho últimamente.

—¿Le defiendes. Dina?

—Digo la verdad. Los hombres, cuando sois atractivos y las mujeres os acosan, no podéis resistir la tentación de dejaros querer.

—¡Yo no soy así!

Dina Blay le miró divertida y hasta algo despectiva. Pero no tenía ninguna necesidad de herirle y se limitó a decir:

—Tú y Ted sois sustancialmente distintos.

—En otras palabras. Dina: que vuelves a darme calabazas y que confiesas que estás enamorada de él.

—¡Yo no he dicho eso! —se defendió la muchacha.

La voz varonil y bien timbrada de Ted Aworth íes sorprendió a los dos al sonar a sus espaldas:

—Yo, sin embargo, sí que confieso estar enamorado de ti. Dina.

—¡Ted!

Con gesto huraño, se volvió indignado:

—¿Nos escuchabas?

—Simplemente, me acerqué para pedir a Dina que bailase conmigo.

Y luego, sin hacer caso de Tonmy Steiger, tomando entre las suyas las manos de la muchacha, preguntó dulcemente:

—¿Quieres casarte conmigo mañana mismo, querida Dina?

La muchacha se ruborizó absurdamente y luego, recordando la rotunda afirmación del agregado de prensa del Pentágono. le miró sonriente pero retadora al indagar:

—¿No decías que Ted nunca me Io pediría?

La respuesta de Tonmy Steiger no fue para día. sino para el hombre rival, al desear saber:

—¿Por qué tanta prisa. Ted? ¿Piensas también que se terminará el mundo y deseas aprovechar el tiempo que nos quede?

Pienso en el viaje que Jenny va a realizar en su yate y en que se empeña en invitar sólo a las parejas. Y como la única forma de que Dina y yo podamos ir juntos es casándonos, pues...

—Antes no pensabas así, Ted. ¡Te has vuelto muy moral!

—Dina es distinta a las demás. Y todo eso a 1q que quieres hacer ahora inoportuna alusión, no me habría ocurrido de haber encontrado antes una mujer como ella. Me enamoré de Dina nada más conocerla y la quiero desde hace tiempo. Sólo quería estar seguro.

Agradecida, sintiendo en lo más íntimo de su ser una inmensa felicidad. la muchacha se apretó junto al brazo del hombre amado y le sonrió con 'Infinita dulzura. Aquello hirió todavía más los sentimientos de Tonmy Steiger, que miró burlón a la muchacha al musitar:

—¿Distinta dices, Ted? Estoy seguro de que si la invitas a ese viaje, sin casarte, aceptará también...

No dio un pasó cuando la mano de Ted Aworth "le tomó de un hombro, invitándole colérico:

—¡Retira esas palabras, Tonmy! ¡Retíralas o no respondo de mí!

También retador, Tonmy Steiger preguntó:

—¿Y qué harás si no las retiro?

—¡ESTO!

La respuesta fue tan contundente como el formidable directo que le propinó en plena barbilla, lanzándole sobre las baldosas de la terraza, con gran alarma de todos los invitados, que dejaron de bailar y beber y corrieron hacia donde estaban los tres.

Jennifer Newman hizo uno de sus aspavientos llevándose ambas manos a la cabeza y exclamando histéricamente: — ¡Se han pegado! ¡Se han pegado por una mujer! ¡Eso es formidable! Hoy en día no suelen ocurrir esas cosas. ¿No os parece maravilloso?

A Jim Kingaby no le parecía tan maravillosa la escena, viendo al agregado de prensa del Pentágono tendido en el suelo sin conocimiento, y por eso pidió:

—Ayúdame, Werner. ¡Hay que reanimarle!

—Es mejor que os lo llevéis de aquí —pidió Ted-—. No quiero más problemas con él.

Cuando se recuperó Tommy Steiger. desde el vestíbulo y acompañado por varios de sus más íntimos amigos bramó, con puño alzado y aunque era consciente que desde la terraza Dina y Ted no le oían:

—¡Me pagarás esto, Ted! Condenado presumido... ¡Me las pagarás!

Werner Tay, con su eterno pesimismo siempre a cuestas y creyendo que todo era culpa de los oponentes de su amada América, se puso a comentar:

—¡Lo dije! Esos asiáticos no tendrán que emplear ni sus bombas contra nosotros. Han iniciado antes una astuta y sucia guerra de nervios y nos destrozaremos antes los unos a los otros.

—¡Qué narices, Werner! Nada tiene que ver la disputa de Ted y Tonmy con la crisis mundial —protestó una mujer alta y rubia.

—¿Ah, no? ¡Pues yo digo que sí! —insistió el pesimista--. ¿Por qué creéis que esta mañana mi secretaria me plantó? ¡Por esos asiáticos!

Picante e incisiva, como siempre, cargada de sus obsesivas ideas sexuales, Jennifer Newman se acercó contradiciéndole:

—Tu secretaria se despidió porque siempre la estabas pellizcando en él trasero, bribón.

—Eso no es cierto, Jenny. Lo que pasa que esos condenados asiáticos...

Procurando olvidar el desagradable incidente, Dina Blay se acercó colgada del brazo de Ted Aworth y manifestó:

—Apúntanos a Ted y a mí, querida Jenny. ¡Os acompañaremos en ese viaje!

Jennifer Newman abrió ojos como platos y zumbona le preguntó al periodista:

—¡Canastos, Ted! ¿Cómo has logrado convencer a Dina?

—Vamos a casarnos mañana mismo, Jenny.

—¡Esta sí que es una buena noticia, amigos! ¡Que la fiesta continúe!

CAPITULO VI

Dina Blay cerró la ducha gozosa y dejó resbalar las gotas de agua por su piel sedosa, recreándose con el pensamiento de que pronto' asistiría a una sencilla ceremonia en Ía cual ella y Ted Aworth serían los principales protagonistas,

E! sacerdote preguntaría:

—Ted Aworth, ¿quieres a Dina Blay por esposa?

El diría que sí con los ojos llenos de ilusión y. a su vez. cuando le hicieron la misma pregunta a ella, Ía afirmación partiría de sus labios rotunda. Así quedarían unidos en matrimonio con la fórmula de «hasta que la muerte os separe».

—Hasta que la muerte nos separe —musitó para sí la feliz muchacha.

Eligió un sencillo vestido, pero por el que sentía un particular cariño. En realidad, le sentaba muy bien, moldeando su escultural, silueta de líneas juveniles y atractivas, que siempre llamaban la atención de los hombres.

Se dio prisa en vestirse, aunque faltaban seis horas para que el yate de Jennifer Newman zarpase rumbo al Pacífico en un viaje que duraría unas tres semanas: de Washington a Florida para cruzar al poco el Canal de Panamá y, una vez en el Pacífico, poner rumbo al Sur. hasta alcanzar las costas orientales de Nueva Zelanda. Allí el joven periodista australiano Jim Kingaby volaría hasta Sidney, mientras el resto de los invitados emprenderían el regreso después de aquellos días de haber vivido como fuera del mundo, entre el cielo y el mar sin límites, embriagándose de aire y de sol y olvidándose Io más posible de que el hermoso y acogedor planeta Tierra pasaba por uno de los momentos más críticos de su dilatada historia.

Quizá, si la sensatez volvía a los hombres, al regreso iodo había pasado y ella continuaría siendo la mujer más feliz del mundo.

Dina Blay lo deseaba .«si y procuraba olvidar el comentario del pesimista Werner Tay, que había dicho, cuando se vio incluido entre los o nado

—Acepto, porque puede significar salvar el pellejo momentáneamente. Si estalla la guerra, cuando irnos y otros’ se «obsequien» con las malditas bombas, el único lugar seguro será el mar, y cuando más en el corazón del Pacífico, ¡mejor!

Aunque había terminado por apuntar:

—Pero me temo que allí también llegue esa cochina lluvia radioactiva. ¡Todo será cuestión de tiempo!

Más animada. Dina Blay recordaba que Ted había dicho:

— Por favor. Werner: no seas pájaro de mal agüero. Pero, como nada podemos hacer ninguno de nosotros para evitar la posible catástrofe, no está mal pensado dejar Washington.

También recordaba que un poco más tarde su futuro esposo le había dicho a Jennifer Newman que él y Dina irían, pero con la condición de que Tonmy Steiger no fuera invitado. El yate de la multimillonaria era grande y espacioso; más bien se trataba de un pequeño transatlántico. Pero resultaría incómodo, después de la disputa entre los dos hombres, encontrarse en el mismo barco haciendo lo que se suponía un viaje de placer.

Un crucero de placer, pero que más bien era como una evasión de la posible catástrofe que amenazaba a! mundo. Casi como una «huida» desesperada, ya que nada podían hacer por su parte para evitar lo que parecía irremediable.

Dina Blay terminó de hacer el equipaje y salió al jardín del bungalow para colocar las maletas en el portaequipajes de su Bronso color guinda que estaba en el garaje. En pocos minutos volvería a estar en la ciudad y se encontraría con Ted en la -Avenida Lincoln, en el hotel donde se hospedaba con el joven australiano Jim Kingaby. que sería uno de los, testigos de la boda.

Luego, su viaje de novios empezaría y el lujoso yate de Jennifer Newman pasearía su luna de miel por e! soleado e inmenso Pacífico. ¿No era aquello más que suficiente para sentirse feliz y olvidarse de todo?

*

Por centésima vez. Ted Aworth consultó su reloj y nerviosamente le dijo a Jim Kingaby: -

—¡Tiene que haberle pasado algo! ¡Dina nunca se retrasa tanto!

—Todas las mujeres hermosas se olvidan del reloj, cuando están ante el espejo para realzar su belleza.

—Sí, pero... ¡No cuando van a casarse!

—Tranquilízate, Ted.

—No estoy para bromas ni para agudezas, Jim. Además de que Dina no es de esa clase de mujeres que se pasan horas ante el espejo.

Paseaba nervioso, y dirigiéndose hacia el teléfono anunció:

—¡Voy a llamarla!

Minutos después regresaba a la habitación del amigo más preocupado que antes. La mujer del servicio le había dicho que Dina había salido con el coche hacía más de dos horas.

Se plantó ante su joven colega y puesto en jarras indagó:

—Bien, Jim. ¿Qué opinas de esto?

—No sé, yo... Entre otras cosas, que puede haberse arrepentido.

—Te he dicho antes que no estoy para bromas, Jim.

—No es broma, Ted. ¡A mí me han plantado ya un par de veces!

El teléfono repiqueteó y ambos corrieron hacia el aparato. Alcanzó el auricular la veloz mano de Ted Aworth y por su cara Jim Kingaby adivinó quién estaba al otro lado del hilo telefónico:

—¿Có... cómo? —le escuchó exclamar—. ¿Que... que no vas a venir?

La voz de Dina Blay sonaba impersonal y lejana, aunque sus palabras eran bastante claras al decir:

—Lo siento, Ted. Debes comprenderme y perdonarme. Ha sido tan inesperado, tan de repente, que yo... yo...

—¿Estás loca, Dina? ¡No puedes haber cambiado de tal forma en tan pocas horas! ¿Qué diablos te pasa?

Jim Kingaby adivinaba la contestación por el rostro del amigo que se puso a decir:

—No iré sin ti. Dina. Dime desde dónde me llamas. ¡Quiero hablar personalmente contigo! No puedes hacerme esto, cariño.

Jim Kingaby se volvió de espaldas con la excusa de encender un cigarrillo, para violentar menos al amigo. Pero le oyó

gritar, ya angustiado:

—¡No, Dina! No cuelgues, por favor... ¡No cuelgues!

Reinó el silencio y, al minuto, Ted anunció:

—¡Ha colgado!

—Lo siento, Ted.

—¡Me ha plantado! —volvió a exclamar, como incrédulo.

—A veces, estas cosas suelen ocurrir. Creo que lo mejor es que vengas con nosotros y, en estas semanas, cuando regresemos, Dina habrá reflexionado. Después de todo, el anuncio de vuestra boda fue de relámpago; es posible quedase sorprendida y feliz, pero luego, al quedar a solas...

—¡Narices. Jim! No es vanidad; pero te aseguro que observé mil detalles en Dina y llegué a la conclusión de que me quería.

—A las mujeres no hay quien las comprenda. Ted. Tienen reacciones como los niños, imprevisibles.

De pronto, recordó que Ted Aworth tenía cinco años más que él y un largo historial de aventuras amorosas, por Io que encogiéndose de hombros comentó, para hacer menos tensa la situación:

—Bueno... ¡Qué voy a decirte yo a ti, Ted! Las conoces mucho mejor que yo.

—Dina es distinta. Tan dulce, tan sincera, tan angelical y tan cariñosa. Y de pronto, en pocas horas...

—Ya te dije. ¡Reacciones imprevisibles! Con ellas no hay reglas fijas.

Jim Kingaby miró su reloj, cogió sus maletas e invitó, dando por

sentado que el amigo le seguía:

—Vamos: falta poco para que el yate de Jenny levante anclas.

—No sé qué hacer, Jim. ¡Estoy confuso!

—Lo comprendo. Ted. Pero nada adelantarás si te quedas aquí. Si te vienes con nosotros el viaje te hará olvidar Y repito que al regreso...

—Tienes razón.

Mientras bajaban en el ascensor, siguiendo el curso de sus pensamientos, Ted Aworth comentó más animoso:

—¡Menuda noticia' La cotorra de Jenny ya tendrá de qué hablar durante todo el viaje.

—Cuida que ella no intente suplantar a Dina —le advirtió sonriente el australiano , ¡Es una mujer terrible:

No volvieron hablar hasta llegar frente al yate de la multimillonaria que ya les esperaba. Pero Jim Kingaby pudo oír que. antes de ascender, su amigo se puso a musitar, mirando a la ciudad que se disponían a abandonar, como si hablase a la mujer amada que quedaba allí:

—Adiós, Dina, amor mío... ignoro qué puede haberte hecho cambiar. Pero si con esta decisión eres feliz, yo soportaré mejor tu falta... ¡Nunca sabrás cómo te quiero y cuánto te necesito!

CAPITULO VII

El capitán MacGland consultó sus cartas marinas y. tras un atento examen de los mapas, preguntó al segundo oficial:

—¿Insiste en que hemos estado navegando doce días con esto?

—Así es, señor. Ni usted ni yo hemos notado nada anormal, porque hasta llegar al archipiélago de las islas Hawái las medidas y las anotaciones eran correctas.

—¡Qué diablos! Ahora no lo son, Greyson. He cruzado el Pacífico mil veces y a dos días de navegación de las Hawái deben estar las islas Christians.

E! oficial Greyson. hombre tan enérgico como su capitán, se defendió diciendo:

—Hemos navegado según sus indicaciones y las de la señora Newman, capitán. Ni la tripulación ni yo tenemos la culpa de que usted..., usted...

—¡Suéltelo ya, Greyson! ¿Cree que he equivocado yo?

— Así parece, señor. Las Christians debían quedar a barlovento hace más de seis horas.

—¡Y yo le digo que éstas no son mis cartas marinas! Me gustaría saber quién diablos las cambió y por qué razón. ¡Le aplastaría las narices!

—Pero, capitán... ¿Cree que alguien lo hizo con intención?

—¡Lo afirmo! ¿Qué me dice usted de la avería de la radio? Hace día y medio que estamos desconectados del mundo.

—Dos marineros están intentando repararla, señor. ¡No me explico cómo pudo averiarse tanto!

—Pues yo sí, señor Greyson. ¡En el yate tenemos un saboteador! Y usted debe localizarle.

—¿Un... un saboteador, capitán? ¿Con qué intención?

—El diablo lo sabe, Greyson. El caso es que alguien cambió mis cartas marinas y mis mapas, y hemos estado navegando con éstas tontamente. No he notado la diferencia hasta ahora, pero... ¡Mire esto!

El grueso índice del capitán MacGland señalaba un punto determinado del mapa y una Vez su segundo oficial se fijó bien, su áspero vozarrón volvió a tronar:

—¿Desde cuándo las islas Tokeland quedan a 1.250 millas de las Hawái?

—¡Diantre, capitán! ¡Es cierto!

—Insisto en que «alguien» desea que nos dirijamos a un punto determinado del Pacífico.

—Pero... ¿Para qué, capitán?

—No haga preguntas que no puedo contestar, Greyson. Pero es muy raro todo lo que vengo observando.

—¿Se refiere a la desaparición del transistor portátil del señor Tay?

—Me refiero a eso y a otras cosas. De no haber desaparecido ese transistor de radio de forma tan misteriosa, habríamos podido comunicarnos con alguien, ¿no?

Greyson quedó pensativo, antes de apuntar:

—¿Piensa informar de sus temores a la señora Newman, capitán? _

—¿Que adelantaríamos con hacerlo? Sólo alarmarlos a todos. Ninguno de ellos sabe navegar más allá de. deslizamos por una playa sobre los patines acuáticos. En este viaje parecen felices y no voy a aguarles la fiesta, informándoles de algo que, hasta ahora, sólo son sospechas.

Reflexionó un instante, antes de ordenar:

—Tome el sextante, señor Greyson. Haremos como los antiguos marinos. Con él determinaremos en qué latitud y longitud estamos. ¡Me temo que vamos hacia esos islotes rocosos de Molden!

—¿Hacia los islotes de Molden, señor? —repitió el oficia! Greyson casi como un eco—. ¡Eso es absurdo, señor! No están en ninguna ruta marítima.

—Creo que, precisamente por eso, el «bromista» oculto nos envía hacia allí.

—¡Pues vaya una broma, señor! ¿Y para qué?

—Solamente él y el diablo saben para qué.

Minutos después, mientras los invitados de Jennifer Newman tomaban el sol en la cubierta, o bebían refrescos bajo los toldos, el capitán MacGland y su segundo oficial hicieron las debidas comprobaciones con el sextante, como si aquello fuese una labor de rutina.

La verdad es que algunos de los invitados estaban algo nerviosos por la seria avería de la radio y la consiguiente carencia de noticias en unos días que, precisamente por la tensa crisis mundial, periódicamente escuchaban los partes oficiales emitidos desde Washington, al objeto de enterarse de cómo seguía la situación. Sin embargo, para no afligir a los demás, cada uno de ellos se esforzaba en no darle mucha importancia a la avería, y hasta hacían bromas entre ellos comentando que así se ahorraban estar pendientes siempre de la catástrofe que podía ocurrir.

Sólo el eterno pesimista Werner Tay se lamentaba de la misteriosa desaparición de su radio transistor portátil, repitiendo una y otra vez:

—¡No lo comprendo! Lo dejé en mi camarote y no me explicó cómo ha podido desaparecer.

Alguien le había preguntado burlón:
—¿Estás seguro de que lo trajiste., Werner? ¿No se lo regalaste a tu nueva secretaria?
—A una chica tan bonita no se le regala un simple transistor —protestó—. ¡No soy tan agarrado, amigos!
Todos rieron celebrando su contestación y no volvieron a preocuparse más por aquella desaparición. Cualquiera podía haberle gastado una broma a Werner, escondiéndoselo. A fin de cuentas, ¿no habían emprendido aquel viaje para desajenarse un poco de las malas noticias y los momentos cruciales por los cuales estaba atravesando la Tierra?
Por otra parte, la calma proverbial del Gran Océano hacía muy agradable el viaje, contemplando sus aguas siempre iguales, y a la par cambiantes, celebrando de vez en cuando la llegada de algún grupo de islas paradisíacas, en donde la Naturaleza les mostraba todo su primitivo esplendor.
Pero el pesimismo de Werner Tay era tan implacable, que otro de los días que habló de la avería de la radio y la desaparición de su transistor, se le ocurrió decir:
—Nada de noticias, pero... ¿Y si a estas, horas fuéramos nosotros los únicos supervivientes humanos?
Con su buen humor, Jennifer Newman le respondió:
—Mira por donde, te tendrías que casar conmigo.
Werner Tay consideró aquello como una de las peores desgracias que siempre estaba imaginando y protestó:
—¿Por qué precisamente yo? Ted, Jim y Ya! Siega! también están sin pareja en este viaje, sin contar a tu viejo y querido capitán MacGland, su oficia: Greyson y los marineros.
Desde su hamaca, Jennifer' Newman le arrojó in toalla haciéndose Ía ofendida.
—Descarta a Ted, porque sigue enamorado de Ía ingrata Dina —hizo observar la dueña del buque—. A Jim Kingaby, porque es casi un bebé para mí; a Yal Siegel, porque aún está tramitando su divorcio... ¡Y al capitán por ser muy viejo!
Las bromas seguían y, deseando defenderse. Werner Tay recordó:
—¿Y qué me dices de ese Greyson? Tiene unas hermosas patillas.
—-El señor Greyson me conoce desde niña, cuando mi padre le contrató a! comprar este yate.
—El también debía ser muy joven, ¿verdad, Jenny?
Jennifer Newman ya no tenía nada que lanzarle a Werner Tay, pero se quitó una de las sandalias para bombardearle con ella. Aunque se conformó con explicar:
—Eres muy «galante», querido Werner. Pero aunque fueses el único varón sobre la tierra, no me casaría contigo.

—Ya hiciste repóquer de maridos, querida. ¿Para qué otro más?

—¡Ya ves, amigo! Las mujeres somos -así de tenaces... ¡Siempre en busca de nuestro ideal!

Las bromas seguían y era mejor así. Contar chistes, tomar el sol, beber «martinis», whisky, degusta! los exquisitos platos que preparaba en la bodega del yate el cocinero chino, bañarse en las puras y cristalinas aguas del Pacifico, pescar, perseguir tiburones con' las lanchas motoras, reunirse por la noche en la cubierta y bailar, o si se deseaba algún momento de intimidad, quedarse en el camarote.

Todo esto lo sabía muy bien el capitán MacGland y por eso. cuando con su oficia! terminó de realizar las comprobaciones con el viejo sextante, se limitó a gruñir, diciendo en voz baja al también perplejo Greyson:

—Venga, Greyson. Aquí no debemos hablar.

—¿Se ha dado cuenta, capitán?

—¡Le he dicho que ya ‘ hablaremos en mi camarote, leñe!

Y antes de pasar cerca di los invitados, recomendó sordamente:

—Y ahora sonda, señor Greyson. Sonría como siempre y no diga nada. ¿Entendido?

Greyson cumplió la orden de su capitán y cuando pasaron . ante los despreocupados pasajeros, sonrió a derecha e izquierda con la mayor naturalidad. Incluso Io hizo sin esforzarse cuando cambió una mirada coa la dueña del yate. Era justo reconocerlo: la señora Jennifer Newman podía tener ya sus cuarenta cumplidos, pero sus cinco ex maridos:- la habían dejado aún apetecible y hermosa.

CAPITULO VIII

Ya en su camarote, el capitán MacGland escuchó que Greyson le decía:

—Bien, capitán. ¿Sabe exactamente dónde estamos?

—A tres grados de latitud Norte, ciento cuarenta grados longitud Oeste.

—Eso ya lo sé: me refiero si sabe hacia qué punto navegamos.

—Hacia los islotes rocosos de Molden, amigo

—¡Bonita jugada! Quienquiera que nos la haya hecho, tiene un sentido del humor pésimo. Necesitaremos dos días más para volver a la ruta normal. .

—Más o menos, Greyson.

—Bueno; eso no debe preocuparle, capitán. ¿No realizan un viaje de placer? Pues dos días más o menos de navegación no puede importarles.

—Sí. pero... ¿qué les digo? Se suponía que hoy llegaríamos a las islas Christians. La señora Newman me ordenó que...

—Yo hablaré con la señora Newman, capitán —se. ofreció el oficial--. Le diré que hemos tenido que reducir la marcha, para dar reposo a los motores. Eso explicará nuestro retraso.

—¿Un retraso de dos días, señor Greyson?

— ¡Tengo una idea, capitán! ¿Por qué no les dice que hemos querido darles la ocasión de ver un magnífico espectáculo? A fin de cuentas, esos pelados islotes rocosos presentan un extraño panorama. Son rocas volcánicas que un día surgieron del fondo del océano. Les encantará sacar fotografías de esas caprichosas formas de lava petrificada.

—Señor Greyson... ¡Es usted un excelente oficial! Ha tenido una magnífica idea. Todos los pasajeros se mostrarán encantados de nuestra decisión.

Refunfuñó algo, antes de añadir:

—Y si protesta la señora Newman por haber alterado la ruta que nos fijó... ¡Qué diablos! ¡Les diremos toda la verdad!

—¿Entonces, capitán...?

—¡Avante, señor Greyson! Diga al timonel que mantenga el rumbo.

*

De no haber tenido la seria —e inexplicable— avería en la radio, el capitán MacGland habría ordenado inmediatamente variar el

rumbo para alejarse, ¡y a la máxima velocidad!, de las proximidades de los islotes de Molden.

Al menos, eso era lo que estaban recomendando hacia dos días todas las emisoras del mundo.

La nueva prueba nuclear tenía un significado muy concreto en aquellos días de tensa crisis mundial, entre las potencias atómicas que parecían dispuestas a enzarzarse en una guerra terrible.

Con toda seguridad, la belicosa Confederación de Países Asiáticos vería en ello una seria advertencia y quizá, de aquella forma disuasiva, pensaban los gobernantes norteamericanos que podría evitarse un conflicto bélico de consecuencias incalculables.

El general Mitchs Limdberg había dado su total aprobación a la medida disuasoria y los militares del Pentágono hicieron los preparativos con gran celeridad. El anuncio fue hecho a escala mundial y, por eso, todas las emisoras del planeta lanzaban por sus ondas el aviso cada diez minutos.

Realmente, era una medida de mera precaución, ya que los islotes rocosos de Molden quedaban fuera de toda ruta marítima y normalmente pasaban años y años sin que ningún barco se acercase a ellos.

¿Por qué hacerlo, si quedaban en un punto muerto del inmenso océano Pacífico, perdidos en los horizontes sin límites de sus aguas?

Solamente por algún raro capricho, o por alguna «equivocación» —como en el caso del lujoso yate de Jennifer Newman— podía esperarse que algún barco pasara por allí. Por eso, la poderosa Escuadra XXI de Estados Unidos navegó a toda máquina hacia los islotes de Molden para que sus técnicos instalaran en la lava petrificada el nuevo ingenio nuclear que estallaría a las doce horas de haberse alejado todos de allí.

Todos los sismógrafos de la Tierra captarían el formidable estallido de aquella bomba. Y los de la Confederación de Países Asiáticos, calculando su terrible, su pavorosa intensidad, comunicarían a sus dirigentes que la advertencia era digna de tenerse en cuenta. Aquello les indicaría que Estados Unidos de América había superado las bombas de cien megatoneladas y que su capacidad destructiva quedaba ahora fuera de toda previsión.

Que a veces no hay como mostrar un buen «garrote» al contrincante, para advertirle que nada podrá hacer con el que él esgrime.

Y por una jugarreta del Destino, por esas extrañas coincidencias de la burlona «suerte», las ciento seis personas que se habían alejado de Washington para conjurar, al menos por unos días, la posible catástrofe, ahora navegaban directamente hacia el único punto del planeta en donde realmente estaba el peligro.

Hacia los remotos islotes de Molden, que iban a ser desintegrados...

*

Tras la breve explicación del capitán MacGland, todos los invitados de Jennifer Newman acogieron con agrado el cambio de rumbo, habida cuenta de que no tenían prisa, sólo les importaba pasar el tiempo lo mejor posible y la perspectiva de ver aquellas montañas de lava petrificada en todas les daría la ocasión de contemplar un raro fenómeno de la Naturaleza.

El mismo Ted Aworth, saliendo del abatimiento en que le había sumido la extraña decisión de Dina Blay, le mostró su cámara fotográfica al joven periodista australiano Jim Kingaby y le dijo:

--Sacaré unas buenas fotos, Jim. Pienso escribir algo en relación con 1os volcanes y las pasiones humanas.

Jim Kingaby sonrió, fijando la vista en la lejanía azul del océano, preguntando al amigo:

— ¿Lo dices por el volcán amoroso que aún arde en ti, Ted?

—Posiblemente; pero lo que más siento es un profundo desengaño. Una apatía general por todo y la gente.

--Ya lo hemos notado. Y te he aconsejado en estos días que no es bueno encerrarse en uno mismo. El dolor, si no se manifiesta, corre por dentro.

—Pues debo estar corroído hasta los huesos, Jim. ¡Lo de Dina no podré olvidarlo fácilmente!

—Querer olvidar a una persona es amarla más, Ted.

Ted Aworth menso la cabeza y también fijas las pupilas en el mar, preguntó, acodado como el amigo sobre la barandilla de a cubierta:

—¿Has leído a Thomas Quincey? Tiene un pasaje que dice: «Estoy seguro de que no existe el olvido, un olvido total: las huellas, una vez impresas en el alma, son indestructibles.»

Se volvió hacia él Jim Kingaby, deseando aclarar:

—¿No será orgullo herido. Ted? Los hombres raramente perdonan que una mujer les plante.

—Te aseguro que no es orgullo masculino herido, Jim. Más bien es una especie de sorda e impotente desesperación por haber perdido a Dina.

La morenita Mitzi Hyer se acercó airosa como siempre, preguntando con gracioso mohín en sus labios tentadores:

—¿Filosofando, chicos?

Ted Aworth se repuso al instante, mintiendo con el rubor propio del que desea ocultar su dolor a los demás:

—No, Mitzi: hablábamos de esos islotes rocosos.

—Jenny ha organizado un concurso de fotografías. Dice que el que tome las vistas más originales y sugestivas de esos islotes, mandará en el yate como rey y señor, hasta que lleguemos a.las islas Christians.

—Será cuestión de aplicarse —dijo Kingaby, retirándose.

—¿Adónde vas, Jim?

—Por mi cámara, Ted. ¡Quiero ganar ese concurso!

Ya solos, la muchacha de cabellos morenos quedó junto al serio Ted Aworth y, mirando al mar, dijo de pronto:

—Ha sido una lástima no poder arreglar la avería de la radio.

—¡Bah! Para escuchar discursos cuajados de amenazas y otras zarandajas por el estilo, bien está. Jenny tiene una buena discoteca aquí cuando necesitamos música.

—No lo decía por eso, Ted.

—¿Entonces...? ,

—Habrías podido enviar un mensaje a Dina. Es posible que ya esté nuevamente en su casa y...

—¡Haz el favor de no nombrarme para riada a Dina! ¿Queda claro, Mitzi? Si ella tomó esa decisión... ¡Allá se las entienda!

—Me preocupas, Ted. En realidad, todos estamos preocupados por ti. Hemos hecho lo posible para alegrarte, pero hay que reconocer que hasta Jenny ha fracasado.

—Eso os pasa por meteros en las vidas ajenas.

—Nadie es ajeno a los otros, Ted. Y menos cuando se vive en un sitio tan reducido como éste. ¡Somos amigos!

—¡Pues demostradlo no fastidiándome! Si quiero estar solo es porque así me encuentro mejor.

—Has cambiado mucho en estos días, Ted. ¡No pareces el mismo!

—¿Quieres dejar de criticarme, Mitzi?

La muchacha, además del natural despecho, sintió la impotencia al no poder mitigar las desazones del hombre y dijo, antes de retirarse.

—Muy poco enseñó la vida a quien no aprendió a soportar el dolor, Ted... Te creía más entero.

Ante aquellas palabras, Ted Aworth reaccionó y rogó, sujetándola por una muñeca:

—Perdona, Mitzi... No he querido molestarte ni ofenderte. Todos sois muy buenos y comprensivos conmigo. Sobre todo tú.

—bs nuestro deber, Ted. Vivimos en una pequeña comunidad en la que todos somos amigos.

—¿Me perdonas...?

—No tengo nada que perdonarte. En todo caso, tú a nosotros por tomarnos ese interés y a veces resultar pesados.

—¡Qué bobada. Mitzi! Sé que lo hacéis con buena intención. Pero yo pierdo los nervios. Tenéis razón al decir que he cambiado mucho en estas dos últimas semanas. ¿Qué dirías si te contase todo lo que

siento?

Mitzi Hyer miró al hombre directamente a los ojos y musitó, quedamente:

—Te comprendería, Ted. ¡Yo también sufro un desengaño amoroso!

—¿Tú, Mitzi?

—¿Crees que no soy capaz de amar?

El hombre quedó algo desconcertado, antes de afirmar:

—Sí, claro... Por supuesto que te creo capaz de amar. Mitzi.

Ella hizo un gesto vago, deseando quitarle importancia a lo que parecía una confesión, sonriendo débilmente al decir:

—Dejemos mi problema. Háblame del tuyo, Ted: de todo eso que dices que sientes.

—A veces, me asusta a mí mismo, Mitzi. ¡Creo que empiezo a odiar a toda la Humanidad!

—¡Bobadas, Ted! Es la reacción natural de todo aquel que sufre un hondo desengaño.

Ted Aworth miró a la muchacha con viva admiración, exclamando:

—¡Eres formidable, Mitzi! Tan joven, tan bonita, tan delicada y...

—¿Y qué, Ted?

—Bueno... Que piensas de una muy profunda .y objetiva. Yo diría que con una tota! carencia de egoísmo e interés.

Mitzi Hyer volvió a rehuir la mirada del hombre al decir, fijas las pupilas en el océano:

—Cuando uno ha sufrido mucho en silencio, llega el día en que te sorprendes de no hallar en ti trozos de tu antiguo egoísmo. El dolor desgasta el «Yo», Ted. Nos vuelve hacia nosotros mismos y nos persuade de que debemos ayudar a los demás.

Ted Aworth buscó nuevamente el contacto con la mujer poniendo una de sus manos sobre su hombro, para obligarla con dulzura a mirarle mientras musitaba:

—Tú me estás ayudando, Mitzi. ¡Y presiento que podrás ayudarme más!

La muchacha ahora le miraba anhélame, fijos los ojos en las pupilas de! hombre y su boca entreabierta, los labios temblorosos.

—¿Por... por qué dices eso. Ted? —susurró—. Yo... yo...

Ted Aworth la habría besado, si en aquel instante la recia voz del capitán MacGland no liega a anunciar:

—¡Ahí tienen los islotes de Molde! A ver quién de ustedes gana ese concurso de fotografía. ¡Hay un buen premio, señor Aworth!

Nadie podía saber que el «premio» era la muerte..

CAPITULO IX

El almirante Robert Cummings fue informado en su puesto de mando del portaaviones insignia «Kennedy», una poderosa mole de acero movida por energía atómica, capaz de transportar cuatrocientos seis aviones supersónicos sobre su gigantesca cubierta.

El mensaje venía del capitán de una de las escuadrillas que sobrevolaban los islotes rocosos de Molden, a más de treinta mil metros de altura, distancia desde la cual los poderosos teleobjetivos alcanzaron a distinguir que un barco navegaba por la zona prohibida.

—¡Imposible! —fue la primera exclamación del jefe de la XXI Flota.

Pero luego, transmitiendo a sus ayudantes con celeridad sus instrucciones, ordenó:

—¡Envíenles un mensaje urgente por radio, en todas las frecuencias de onda! ¡Es preciso detener la marcha de ese barco!

—¡A la orden, señor!

La XXI Flota estaba a más de seiscientas millas de los islotes de Molden, distancia que los técnicos habían calculado guardaría el mínimo de seguridad para la tripulación de la escuadra. Acercarse una sola milla más podía significar riesgos mortales y el almirante Robert Cummings -tenía órdenes precisas del Pentágono para que, en ningún caso, dejase de cumplir las instrucciones.

Tenía que velar también por la seguridad de sus treinta mil hombres, además de que nada podía hacer por el barco que se acercaba a la zona peligrosa.

Pero ninguno de los muchos mensajes podía ser captado por la averiada radio del lujoso yate de Jennifer Newman, quien en compañía de sus invitados tampoco podía distinguir el ruido de los motores a reacción de los aviones, al tener que sobrevolar la zona a la enorme altura de treinta mil metros. En este sentido, los jefes de escuadrilla también habían recibido órdenes precisas del almirante de la XXI Flota:

—En ningún caso, y bajo ningún pretexto, sus aviones descenderán una sola pulgada de la altura indicada —les había advertido.

Sin embargo, ¿qué era lo que debían hacer en aquel caso imprevisto?

—¡NADA! —fue' la enérgica y tajante respuesta de! almirante.

Uno de sus oficiales se atrevió a decir, una vez comprobaron con angustia que no contestaban a la lluvia de mensajes por radio:

—Pero, señor... ¡La tripulación de ese barco morirá desintegrada!

Acorralado, pero consciente de su enorme responsabilidad, el

almirante Cummings se revolvió contra su oficial:

—¿Y qué diantre podemos hacer, capitán Tiller? ¡No puedo ordenar a mis pilotos qué desciendan a esa área infernal!

De pronto, uno de los mensajes recibidos fue presentado al almirante y decía así:

«El capitán Roy Cowper solicita permiso para descender y pasar en vuelo rasante sobre ese barco. Si me lo concede, quizá logre hacerles comprender que deben variar de rumbo.»

El almirante Cummings estrujó nervioso el papel en su mano, y antes de responder al radiotelegrafista que lo había traído al puente de mando, miró fugazmente su reloj. Un rápido cálculo le bastó para decir:

—¡No hay tiempo! Quedan sólo tres minutos y el avión de ese loco de Cowper no podría hacer lo que intenta. ¡Ordénele que se atenga a las instrucciones!

Miró luego a todos los petrificados oficiales que le rodeaban y musitó sentidamente:

—¡Y que Dios me perdone, si no obro bien! ¡No se puede luchar contra los imponderables, caballeros!

*

Arriba, en el cielo limpio y azul carente de nubes, un hombre llamado Roy Cowper recibió la respuesta negativa y a su vez le preguntó a su piloto:

--¿Qué hacemos, Ruskin? ¿Desobedecemos y nos arriesgamos?

Los dos hombres eran buenos amigos y se compenetraban. Estaban casados y tenían hijos, pero se sentían hermanos de raza de los hombres que tan locamente navegaban en aquel barco hacia la zona de mortal peligro, y por eso contestó el copiloto:

—¡Vamos allá, Roy! No podría dormir tranquilo el resto de mi vida si no lo intentamos. ¡Al diablo las órdenes del almirante!

-—¡O.K., Ruskin! Eres de los míos, chico.

No lo pensaron más y descendieron veloces como un meteoro, sometiendo al reactor a la máxima fricción contra las capas de aire que, como una flecha, iban atravesando.

La aguja del altímetro fue descendiendo moviéndose como loca, y si en aquel instante hubiese explotado el ingenio nuclear, no habrían podido oírlo porque superaban en mucho la velocidad del sonido.

El roncar del reactor pasó como una exhalación sobre el yate de Jennifer Newman; pero era tanta su velocidad, tanto el loco vértigo de su carrera, que sólo pudieron verlo durante una breve fracción de segundo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Werner Tay.

—¡Allí! ¡Mirad! Parece un avión —exclamó Ted Aworth.,

Había nubes bajas, densas acumulaciones que pronto se tragaron al aparato que inició el giro, en un desesperado intento de realizar otra pasada, en lucha contra el tiempo inexorable que se terminaba.

Lo consiguió y esta vez casi pasó rozando la chimenea mayor del lujoso yate, haciendo a todos sus pasajeros taparse tos oídos ante el potente silbido que dejó como una estela alarmante.

Una estela que anunciaba la muerte.

¡El final!

*

Horas después, todas las emisoras de la Tierra lanzarían al éter la noticia del heroico e inútil sacrificio de dos hombres llamados Roy Cowper y Meredith Ruskin, que a la velocidad de vértigo no tuvieron tiempo para maniobrar su aparato reactor y hallaron la muerte al chocar violentamente contra uno de los islotes rocosos que comprendían la zona de Molden.

Todos los pasajeros y la tripulación del yate vieron el mortal accidente, pero ninguno de ellos llegó a pensar que había sido por su causa, por un intento suicida, y a la par maravilloso, por salvarles.

En realidad, tampoco dispusieron de mucho tiempo para pensarlo.

Porque pronto, como si el infierno se desatara ante sus ojos, irrumpió una luz potente corno mil soles y cegadora.

Una luz terrible que brotó en la lejanía del horizonte, en el grupo central de los pelados islotes de Molden.

Una.luz sin ruido.

Rara..., ¡muy rara!

Y una gigantesca columna de humo denso, blanco, gris, negro, rojo y de mil rotores a la vez, como si hubiese estallado el sol en mitad del océano. Y todo aquello empezó a elevarse en el sitio donde había aparecido la misteriosa luz. Y la gigantesca columna de humo empezó a ascender, ensanchándose y subiendo incesantemente.

Como si tuviera mucha prisa por alcanzar el cielo.

Pero lo que sorprendió y aterrorizó a los excepcionales testigos de aquel fenómeno. Io que les heló la sangre en las venas y les dejó sin respiración, sin capacidad para coordinar sus cerebros, fue el soplo inmenso, potente y terrible que se escapó debajo del hongo de humos multicolores.

Aquel dantesco soplo, avanzando a una velocidad aterradora, pasó bajo y ¿obre las aguas del océano y las encrespó, levantando olas gigantescas que lo cubrían todo. Cada, cresta de islote rocoso cedió ante aquel soplo como si fueran de débil mantequilla: se diría que un gigantesco pero invisible cilindro comprensor iba triturando todo lo

que encontraba-a su paso.

Las primeras ráfagas del gran soplo llegaron hasta ellos y el yate fue levantado, brutalmente zarandeado de aquí para allá y trasladado a medio centenar de millas en un solo instante. En la sola fracción de un segundo que tardó en llegar hasta ellos un ruido horrible que hirió sus oídos, amenazando con reventar sus tímpanos.

Los que tuvieron menos suerte y no chocaron contra algo, cayeron al encrespado mar, engullidos para siempre en aquella tormenta artificia! creada por el «ingenio» del hombre. Los otros fueron comprimidos, empujados por el gran soplo contra algo y miles de pequeñas astillas hirieron sus rostros y manos: fragmentos de las maderas del barco convertidos en polvo que volaban por todas partes.

Los minutos fueron pasando y en el antes lujoso yate de Jennifer Newman pareció que nada había quedado con vida. Sin embargo, los tres perros caniches que su dueña había llevado con ella, empezaron a ladrar furiosamente sobre la revuelta cubierta, dominados por el terror de lo imprevisto, de lo para ellos también incomprensible.

Ted Aworth fue uno de los primeros en recuperarse, teniendo al fin el valor de abrir los ojos, mirando a todas partes. Estaba aturdido y confuso, como si despertase de un sueño de mil horas. No comprendía aún lo que podía haber pasado y sólo consiguió coordinar un recuerdo:

—¡El avión! --dijo en voz alta o baja; nunca lo sabría.

Sí: de todo aquello debía tener la culpa el avión que pasó por dos veces sobre el yate.

—¡Nos arrojó una bomba! ¡Una bomba atómica! —volvió a exclamar, cada vez más capaz de pensar.

Logró incorporarse y miró al horizonte y allá, muy lejos, mucho más que la primera vez que distinguieron !a luz caga-dora, seguía elevándose al cielo el denso humo ahora totalmente blanco del gigantesco hongo que ascendía más y más, sin cesar.

—No hay duda —se dijo Ted Aworth—. ¡Ha sido una explosión atómica!

Por instinto, se palpó nerviosamente todo el cuerpo y comprobó que estaba bien, que no tenía ningún hueso roto y que no le dolía nada. Apenas un leve escozor en los ojos y la mejilla, de la que pudo sacar una astilla allí clavada.

Los tres perros .seguían correteando por la cubierta ligeramente inclinada hacia estribor. Y, al seguir a los alocados caniches con la mirada, descubrió a varios de sus amigos tendidos y aun desmayados por allí. Jennifer fue una de las primeras en recuperarse ante las insistentes caricias de sus perros, que la lamían desesperadamente. Tras lograr sentarse, su exclamación fue tan fuera de lugar que, forzosamente, al oírla Ted Aworth tuvo que sonreír, incapaz de

abarcar toda la tragedia que les rodeaba.

—¡Qué bruto! ¿Quién ha estornudado, amigos? —preguntó la dueña del barco.

Y luego, deseando calmar a sus perros que ya agitaban sus rabos, aún añadió:

— ¡Quietos! Quietos, chiquitines. Estoy bien... ¡Estoy bien, ricos míos!

Ted Aworth se acercó a ella, pasando sobre alguno de sus amigos que continuaban sin sentido, o bien muertos sobre la cubierta.

—¿De veras estás bien, Jenny? Tienes sangre en la frente.

—Habrá sido un mordisco de «Tipi» —comentó la mujer, llevándose una mano a la herida.

—No ha sido eso, Jenny. ¡Fue una explosión atómica! Mira allí... ¡Date la vuelta, mujer!

La mujer contempló el gigantesco hongo, cuya base quedaba cubierta por la línea del horizonte y exclamó:

—¡Dios santo! Pero eso... ¡Es horrible, Ted!

—Sí, Jenny; pero vamos a ver qué podemos hacer por los otros.

—Parecen dormidos... ¡O muertos!

Y empezaron con la desagradable tarea.

CAPITULO X

Veinte supervivientes.

Veinte de las ciento seis personas que habían iniciado aquel crucero de «placer», contando con los quince marineros del capitán MacGland, que también había desaparecido con su oficial Greyson.

Además de Jenny y Ted, el joven periodista australiano Jim Kingaby estaba entre ellos, así como la dulce Mitzi Hyer. que tuvo que ser curada en un brazo y llevarlo en cabestrillo.

Yal Siegel, Werner Tay y el matrimonio Lynol también estaban entre los supervivientes, aunque Lory padecía tal conmoción que su esposo temió en las primeras horas por su salud mental.

De toda la tripulación, sólo habían quedado cuatro hombres. Cuatro marineros terriblemente asustados, que propusieron, tras dialogar entre ellos:

—Mejor será alejarnos de aquí con las lanchas motoras. Mis compañeros y yo las hemos revisado y están perfectamente. sacando una que puede ser reparada.

Ted Aworth los miró muy serio, anunciándoles:

—Nadie abandonará este barco. ¿Está claro, muchachos?

—Usted está loco —argumentó el más decidido—. Ya ha visto que el yate tiene la hélice torcida. ¡No podremos navegar!

—¿Y llaman navegar a meterse en esas débiles motoras, que apenas podrán recorrer sesenta millas? Debemos estar en pleno corazón del Pacífico y nos necesitamos los unos a los otros. Si utilizamos las motoras en cada una de ellas apenas podrán viajar cinco personas. Y hay que contar con que tendríamos que llevar agua, alimentos y mil cosas más. Insisto en que es mejor seguir aquí.

—¿A merced de tas corrientes y sin radio, señor Aworth? —Siempre será mejor que separarnos en grupos. El mar signe agitado y no podríamos mantenernos juntos en las motoras De momento, aquí tenemos todo cuanto necesitamos. Werner Tay intervino con cara compungida:

- -De todo, menos una cosa. Ted.

—¿A qué te refieres, Werner?

—A paraguas...

—¿Paraguas? —terció Jim Kingaby, disgustado por aquella salida —. Vamos. Werner... ¡No estamos para bromas!

—¿Llamas «broma» a esa cochina lluvia radioactiva que nos estará calando hasta los huesos. Jim?

Muy serio, conteniendo su enfado, Ted Aworth cerró los puños y advirtió a su vez:

—No debiste recordar eso, Werner. ¿Disfrutas agravando la situación con tu pesimismo de siempre?

—No disfruto, Ted. ¿Pero no es cierto que la lluvia radioactiva esta<:á cayendo sobre nosotros?

Al oír esto, el grupo de marineros volvió a insistir —Sí nos repartimos entre las lanchas motoras, podremos alejarnos de aquí.

Con calma, por ser más entendido en tales materias, Yai Siegel creyó oportuno confirmar a todos:

—Sería inútil, muchachos. Esa lluvia radioactiva tiene ya a estas horas un radio de acción de más de doscientas millas. ·No podríamos escapar de ella utilizando las motoras. Ted tiene razón. ¡Debemos seguir aquí!

Hablaba con alguna dificultad, pues sentía como hinchada la lengua. De pronto, se llevó las manos al estómago y no pudo reprimir una arcada; al poco vomitaba escandalosamente y pedía avergonzado.

—Lo... Io siento, amigos. Pero es que...

Fred Lynol era médico y le rogó:

—Ven conmigo, Ya!. Quiero reconocerte.

Antes de salir de! comedor en donde estaban reunidos, el médico medio se volvió y anunció:

—Sé que nada adelantaremos, pero también os tendré que reconocer a todos. Cuando termine con Yal, venid los dos. ¡Debemos saber Ía verdad!

—¿Qué verdad? —inquirió con visibles muestras de alarma uno de los marineros.

Fred Lynol no contestó, pero otro le retuvo con fuerza por el brazo e insistió:

—¿Qué verdad, doctor Lynol?

—Está bien, muchachos... ¡Ahí va...! Quiero saber si estamos ya contaminados.

Jennifer Newman siempre había sido una mujer alegre, llena de entereza y a !a que el fracaso de sus cinco matrimonios nunca había desanimado. Pero ante todo aquello no pudo reprimir un gesto de desesperación y gimiendo ocultó su rostro entre las cuidadas manos:

—!Oh, Dios! ¡Es horrible! ¡Horrible!

Su joven amiga Mitzi Hyer se esforzó en calmarla.

—Tranquilízate, Jenny. Saldremos de ésta. Algún barco vendrá a socorrernos y...

—Nadie se arriesgará, Mitzi... ¡Y eso suponiendo que sepan que estamos por aquí!

—¿Quieres callarte de una condenada vez. Werner? --le gritó Ted Aworth.

Uno de los marineros, con más entereza que sus compañeros, al mirar con cierta altanería a los invitados que le quedaban a la

angustiada dueña del barco, dijo inesperadamente:

—Señores... Ustedes han vivido estupendamente hasta ahora. Han disfrutado de todo lo bueno y han pasado una existencia muy agradable. Y si supieran vivir bien, esperemos que sepan también morir bien. Así que... ¿Qué les parece si intentamos reparar esa hélice, antes de ir quedándonos sin. fuerzas?

Ted Aworth miró francamente al muchacho y le dijo:

—¿Cómo te llamas, chico?

—Mike... Mike Burke, señor.

—Bien, Mike... La dueña de este yate te nombra capitán del barco. ¿Verdad, Jenny?

La aludida dejó de llorar por un instante, mirando al decidido marinero y a su buen amigo el periodista, y confirmó:

—Lo que tú digas, Ted... Pero creo... ¡Creo que todo será inútil!

—Eso lo veremos, ¿verdad, capitán?

—¡Exacto, señor Aworth! —respondió Mike Burke—. Al menos, las cosas hay que intentarlas. ¿No es así, señor Aworth?

Fue a salir con los otros marineros, pero Ted le tocó un hombro recomendándole:

—Llámame Ted, muchacho. No estamos para ceremonias aquí.

—Como digas, Ted, ¡Manos a la obra!

*

El dictamen médico de Fred Lynol fue concluyente:

—No hay duda, amigos... ¡Contaminados!

—¿Estás seguro, Fred?

—¡Totalmente, Ted' Los síntomas no pueden ser más elocuentes. Lengua hinchada, abundantes mucosidades, carraspeo en la garganta, vómitos y parcial caída del cabello.

Pasó el médico una de sus manos por su propia cabeza y mostrándosela a los reunidos, les invitó:

—Haced lo mismo y veréis cómo se os cae como a mí. La raíz del pelo empieza a pudrirse y, en algunos casos, en el cuero cabelludo empezarán a salir llagas.

Hablaba de una forma tan cruda porque las mujeres estaban descansando en sus respectivos camarotes. Tampoco les habían informado de que era totalmente imposible reparar las averías de las hélices: se habían limitado a decirles que costaría mucho trabajo, pero que continuarían intentándolo.

Incluso, cuando uno de los marineros sufrió un ataque de vómitos y al poco murió, se lo ocultaron diciéndoles a las mujeres que; presa de! terror, el muchacho había huido del yate en una de las motoras: su cuerpo fue lanzado al mar, como ya habían tenido que hacer horas

antes con los que murieron sobre la cubierta, y aquello pesó en el ánimo de los hombres como una losa que anunciaba la muerte.

Agorero como siempre, en el momento en que lanzaban al fallecido al mar, Werner Tay había musitado por toda oración:

—Hasta pronto, muchacho. ¡No tardaremos en seguir tu camino!

Jim Kingaby le había dado un codazo, reprendiéndole:

—Siempre estás pensando en lo peor, Werner.

—¿Hay para no hacerlo, Jim? Me duele mucho el estómago.

—A mí también... ¡Y me aguanto! --intervino Ted Aworth.

El día pasó lento, con una monotonía y tristeza que pesaba, como si cada minuto fuese una hora y cada hora un siglo.

Prácticamente no tenían que hacer nada, aunque engañándose unos a otros, sobre todo para que las mujeres no se alarmasen más, se dedicaron con afán a ponerlo todo en orden en el zarandeado yate, así como a sacar algunas conclusiones que se movían en un círculo vicioso, sin tener elementos de juicio por la total carencia de noticias.

—¿Habrá estallado la guerra atómica? —preguntó Werner Tay. ,

—Creo que no —quiso engañarse Ted Aworth,

—¿Entonces...? ¿Por qué esa explosión, Ted?

También hablaron del misterioso avión. Unos opinaban que él había arrojado la bomba, y otros insistían en que no fue así. De cualquier forma, el caso era que estaban sentenciados.

Mientras, en su camarote, la esposa de! doctor Fred Lynol dejaba de existir.

CAPITULO XI

Dos días después, también Jennifer Newman moría entre horribles dolores, no sin antes pedir a gritos:

—¡Un espejo! ¡Quiero un espejo! Quiero verme la cara.

En ella, la sucia lluvia radioactiva había operado de una forma horrible: sobre !a almohada había dejado gran parte de sus cabellos y en la boca ya no Je quedaba ningún diente. Las manos presentaban deformaciones Aseas y la piel parecía escamosa -en muchas partí* de .su cuerpo, antes delicado y bello.

La joven Mitzi Hyer, tan desfigurada casi como la dueña del barco, aunque cubierta su cabeza con un fino pañuelo de seda, que también cubría las llagas de su cuello, intentaba calmar a Jenny.

—Por favor, Jenny No adelantarás nada desesperándote.

Pero Jennifer Newman no la oía, atenta sólo a palparse el rostro con sus ¡nanos sarmentosas de dedos retorcidos, desfigurados por aquel abultamiento óseo que hacia estallar la carne y la piel.

Cuando Jennifer dio el último suspiro, Mitzi cerró aquellos ojos ya sin pestañas que parecían estar mirando a la Eternidad.

--¡Dios te perdone. Jenny! --musitó la muchacha—. Si, querida amiga; por muchos errores que hayas cometido, Dios tiene que perdonar a los que sufren una muerte así.

La arrojaron a! mar, como a todos los que iban muriendo.

Aquella invisible pero pertinaz lluvia radioactiva por el momento sólo parecía respetar a Ted Aworth, a Jim Kingaby, a Werner Tay, Fred Lynol, al animoso marinero Mike Burke y a la joven Mitzi Hyer.

Seis en total.

También sobrevivía uno de los perros caniches de la fallecida Jennifer Newman; pero el pobre animal vagaba por el yate desorientado lanzando debites ladridos al viento para quedar con la boca abierta, incapaz ya de contener su lengua hinchada y alargada, con la que intentaba mitigar el dolor de las llagas que iban apareciendo en todo su cuerpo.

De perro de lujo, se había convertido en un anima! monstruoso, sin pelo y con las pequeñas orejas carcomidas, incapaz de masticar los alimentos al haber perdido también todos sus dientes.

En uno de sus paseos por la cubierta, el rudo marinero Mike Burke le vio y dijo a los demás, señalando al perrillo:

—Mejor será lanzarlo al mar también. ¡Ese bicho me pone nervioso!

—No lo haremos, Mike —se opuso Ted Aworth—-. Ya que nuestros verdugos han dispuesto de nuestras vidas, no seré yo quien

sentencie a morir a nadie... ¡Aunque sea a un pobre perro sarnoso y enfermo!

—¿Y si muerde a alguno? Se agravará más nuestra situación.

—Más es imposible —intervino Werner Tay—. Hay cosas que no se pueden superar, muchacho.

Pero aquella misma tarde el marinero Mike - Burke tuvo que arrojar al mar a) caniche: encontraron al perrillo muerto en un rincón del lujoso camarote de su dueña. Con su habitual mordacidad, Jim Kingaby comentó:

—Creo que hacemos mal arrojando los cadáveres a! mar.

—¿Por qué dices eso, Jim9 —quiso saber Ted Aworth.

—¿Para qué contaminar a los peces? No tenemos-derecho a hacerles esa faena. Ted,

—No te preocupes por los peces, Jim —intervino el doctor Fred Lynol—. Tu intención es loable, pero también están sentenciados. En un radio de unos trescientos o quizá hasta quinientos kilómetros a Ía. redonda, toda clase de vida, tanto en e! aire, como en la tierra y en el mar, dejará de existir.

Werner Tay miró a los restantes supervivientes y preguntó:

—¿Quién de nosotros será el primero en caer?

Muy irritado, a con los nervios rotos, Jim Kingaby gritó:

—¡Tú, condenado pesimista! ¡Y me alegraré! ¡Ya estoy harto de oírte!

Ted Aworth también se levantó para calmar al joven periodista australiano, sujetándole para impedir que se lanzase sobre Werner Tay; pero sólo consiguió que Jim Kingaby

gritase:

—¡Al diablo! ¿Por qué no puedo decir lo que siento?

—Por respeto a nosotros mismos, Jim. ¡Somos hombres civilizados!

Mitzi también se había levantado para calmarle, pero Kingaby rehuyó brutalmente su contacto al bramar:

—¡No me toques con esas manos sarmentosas, bruja! ¿Quieres contaminarme más de lo que estoy? Mira, mira tus «delicados» dedos... ¡Se les cae la piel! Y lo mismo ocurre en tu «preciosa» cara.

—¡Calla ya, Jim! ¿Te has vuelto loco? —le zarandeó Ted Aworth. x

Pero la muchacha, calmada, extrañamente serena, recomendó:

—Déjale, Ted... Está diciendo la verdad. ¡Mirad mis manos!

Los dos hombres seguían forcejeando y Ted Aworth creyó conveniente golpear en el mentón al alterado amigo para calmarle, esperando que cuando se repusiera ya le habría pasado aquel ataque de nervios. Lo hizo así con toda la fuerza que puso y entonces ocurrió algo que vino a sumar más gravedad a la tragedia que estaban

viviendo.

Al contacto con Tos fuertes nudillos de Ted Aworth, el rostro del periodista australiano se partió en dos, como si los huesos, los tendones y la misma carne hubieran sido de blanda mantequilla, incapaces de resistir el más leve golpe.

Jim Kingaby llegó al suelo ya muerto, sangrando horriblemente por aquel terrible boquete abierto en su rostro.

Ted Aworth quedó tan petrificado como todos los presentes, aunque al instante se lanzó sobre el cadáver del amigo. gesticulando angustiosamente y gritando con desesperación: —¡No, Jim, no! ¡Amigo mío! ¡Oh,. Dios! ¿Cómo ha podido ocurrir esto? ¿COMO?

El doctor Fred Lynol se inclinó sobre él, para que dejase de abrazar en su dolor al cuerpo ya sin vida:

—Es la contaminación, Ted... Desintegra poco a poco las células y hace que la carne quede fofa, como una masa sin fuerza ni ligamentos. Jim debía estar más contaminado que nosotros. Su mismo cerebro ya no regía bien y por eso se portó como...

—¡Pero le he matado, Fred! ¡Le he asesinado!

Mitzi Hyer también se acercó al desconsolado Ted Aworth, aunque sus manos no se atrevieran a posarse sobre los hombres del inclinado periodista. Ya había sido rechazada una vez y no quería volver a sufrir la misma ofensa, por eso se limitó a manifestar:

—No, Ted... Tú no has asesinado a Jim. ¡Todos hemos visto lo que ha pasado!

Los ojos sin pestañas de Ted Aworth miraron a la muchacha que tampoco las tenía: incluso a Mitzi le faltaban las cejas y mostraba un feo lupus en la nariz, qué se la iba comiendo. Vio la boca desdentada de la muchacha y un par de manchas oliváceas en sus mejillas; casi no podía reconocer a la antes joven y bella Mitzi Hyer que sólo unos días atrás había estado hablando con él. La muchacha intentaba ocultar la total caída de sus cabellos con un pañuelo de seda anudado al cuello.

Pero Jim lo había dicho. ¡Era cierto que parecía una bruja!

Y aquellas manos, horribles y deformadas, en nada se parecían a las delicadas y finas que todos habían admirado, sabiendo que desde niña habían sido el orgullo de la muchacha. Ahora, aquellos dedos hinchados, escamosos y sarmentosos, estaban extendidos hacia él, pero sin osar tocarle los hombros por miedo a contaminarle más, a transmitirle la terrible enfermedad que les estaba corroyendo a todos.

Pero la voz de la muchacha seguía siendo dulce, humana, caritativa y con infinitas ganas de consolar, de llevar con su aliento la calma al hombre que se creía el asesino de su buen amigo.

Y aquel gesto, aquella intención, resultaba hermosa y sublime, pese a la horrible realidad que veían los ojos.

Por eso Ted Aworth no dudó en aprisionar aquellas manos entre

las suyas sin ninguna ciase de repulsión ni asco, y humillando la cabeza cuya piel brillaba por la total carencia de sus cabellos, posó sus labios en las mejillas y las besó repetidamente, mientras sus encías ya también sin dientes dejaban escapar las palabras:

--¡Oh, Mitzi! ¿Qué nos ocurre? ¿Qué nos está pasando a todos?

Al no verse rechazada, la muchacha inició una dulce sonrisa, aunque más pareció una horrible mueca. Dos lágrimas resbalaron por la piel de sus mejillas arrugadas, y liberó una de sus manos de los besos del hombre para depositarla en aquella cabeza atormentada, acariciándole mientras decía:

—Levántate, Ted... Tú eres el más fuerte y tienes que mantenerte firme... ¡Todos te necesitamos!

El doctor Fred Lynol, el marinero Mike Burke y hasta el siempre pesimista Werner Tay secundaron a la muchacha con sus palabras:

—Sí, Ted. Nada adelantamos desesperándonos —dijo el médico.

—Nos consta que sólo querías calmar a Jim —opinó Werner.

—¡Animo, señor Aworth! —sonrió el marinero—. Usted siempre dijo que saldríamos de ésta. ¿No hizo que rae nombraras capitán de este barco? Pues mí orden es que debe levantarse de ahí.

Antes de incorporarse, Ted Aworth miró una vez más el cadáver desfigurado de Jim Kingaby, musitando muy quedamente:

—Perdóname si puedes, Jim. Mi intención era buena, ¿sabes?

—No se hable más de esto, Ted —insistió la muchacha.

Mientras, lo que fue yate lujoso de la multimillonaria Jennifer Newman, arrastrado por la inercia de la corriente, continuaba deslizándose hacia su negro y fatal destino...

CAPITULO XII

El almirante Robert Cummings dio. las órdenes oportunas para el salvamento de los posibles náufragos, pero recomendando:

—No olviden que cada pulgada de ese barco estará cargada de radiaciones mortales. Vuelen el yate, una vez vistan a los náufragos con los equipos especiales. En el helicóptero los trasladan al buque hospital y allí empezarán a ser atendidos debidamente.

La maniobra fue laboriosa y arriesgada; primero fue preciso lanzar unos garfios desde los helicópteros y arrastrar al yate más de cien millas, para alejarlo fuera de la zona que podía estar contaminada. Luego, vestidos con un equipo especial cuyas telas tenían finas capas de amianto y piorno, cubiertas las cabezas con escafandras de resistente plástico transparente, unos hombres bajaron por unas escalerillas desde los helicópteros y se dedicaron a vestir, con el mismo equipó, a los tres únicos supervivientes que encontraron.

Ya izados en el gigantesco helicóptero-hospital, Ted Aworth, Fred Lynol y el marinero Mike Burke fueron transportados en estado inconsciente a uno de los buques de la XXI Flota. Y allí, con toda clase de precauciones, recibieron los primeros auxilios médicos.

—No me explico cómo estos hombres no han muerto. Los contadores Geiger indican que han sufrido una contaminación capaz de aniquilar a un elefante --opinó el comandante médico.

Hizo una pausa y siguió informando:

—Es más... Sus cuerpos son un terrible foco de contaminación constante. Bastaría con que una de sus manos nos rozase' la piel, para que cualquiera de nosotros cayera fulminado.

Uno de los ayudantes miró a! comandante médico y preguntó:

—¿Por qué conservarlos con vida entonces, si son un peligro mortal, señor?

—Podría decirle que por muchas razones fundamentales. Pero aduciré solamente la más importante para mí. ¡Por humanidad!

—Están sentenciados, señor.

—¡Lo sé! Pero un solo segundo de la vida de un ser humano es muy importante. Además, no debemos olvidar la ciencia: quizá los cuerpos de esos hombres nos enseñen a curar alguna de las enfermedades de la radiación atómica. ¡Ya hemos conseguido algo en ese terreno!

Dio media vuelta y añadió:

—Voy a dar mi informe al almirante. Debemos llegar cuanto antes a San Francisco, para que puedan ser mejor atendidos.

*

La habitación «especial» tenía las paredes transparentes y estaba herméticamente cerrada la única puerta que daba acceso al lecho donde reposaba Ted Aworth —monstruo viviente más que hombre—, que dejaba que su cuerpo fuera sometido a toda clase de experimentos médicos y probaturas, para mirar de descargarle, al menos en parte, de las mortales radiaciones atómicas que despedía cada poro de su sarmentosa y llagada piel.

En verdad que aquél era un caso clínico que traía de cabeza a cuantos especialistas se habían acercado al Hospital Militar de San Francisco para examinar al extraño paciente. La explicación de la más sabia autoridad en la materia fue la siguiente:

—Se diría que ha habido una especie de readaptación de las células constitutivas de ese hombre, aunque sigo sin comprender cómo es posible que pueda resistir tanta radiación acumulada en su cuerpo. Poco a poco su organismo se va desgastando, quemándose diría… Hasta que llegue el momento en que no pueda más.

Hizo una pausa en la conferencia médica antes de seguir ante su atento auditorio:

—Por supuesto que es un caso excepcional. Sólo en una naturaleza de hierro como la de Ted Aworth podía darse una cosa así. Sus dos compañeros ya han muerto, incapaces de asimilar las drogas y las inyecciones que había .que suministrarles.

Egan Zimermang. especialista alemán llegado de Berlín, dijo:

—Ese hombre está sufriendo angustias mortales. Creo que deberíamos librarle de ellas de una vez.

—Nadie es dueño de la vida de los demás, doctor Zimermang —se opuso el que presidía la conferencia médica—. Por otra parte, creo mi deber informarles que Ted Aworth está soportando ciertas extrañas mutaciones físicas, que le permiten aún resistir. Repito que es un caso inexplicable, pero es así, señores. Ya no se queja, ya no tiene vómitos, parece dormir un poco y, dentro de la dieta que se le suministra., muestra un excelente apetito.

—¿Habla usted de ciertas mutaciones? —preguntó alguien.

—¡Eso dije! —se reafirmó el conferenciante—. Me atrevería a decir que es como si su cuerpo se esforzase para soportar la carga atómica que lleva con él. A eso yo le llamo una mutación, puesto que todos sabemos que el cuerpo humano en sí, para él solo, no es capaz de soportar nada más que un grado mínimo de radiaciones.

—¿Se han tomado todas las seguridades?

. —¡Absolutamente todas! Este hospital dispone de instalaciones adecuadas para tales casos. Para llegar al enfermo hay que pasar por una serie de cámaras herméticas de paredes transparentes, donde

cualquier partícula de radiación es absorbida por los mecanismos convenientes. En la misma habitación del enfermo estas radiaciones son captadas por un neutralizadoˆ también de funcionamiento atómico, que las envía por medio de un sistema combinado de cintas de plomo ionizado, hacia un pozo bajo tierra.

Se tomó un respiro y siguió:

--Por otra parte, el enfermo goza de todas las comodidades posibles: un circuito de radio le permite hablar, cuando así lo desea, con el personal encargado de su cuidado que, a su vez, no está expuesto a ningún peligro cuando tiene que acercarse forzosamente a su lecho. Yo mismo he utilizado los trajes especiales y más tarde me he sometido al examen de los contadores Geiger, Puedo asegurarles que ni una sola partícula radioactiva fue registrada en esos contadores.

—Nos satisfacen sus informaciones, doctor Whitman, pero ¿qué pasaría si el enfermo lograse tocar a los enfermeros que cuidan de él?

—Si es una persona normal, sin la capacidad de asimilación y resistencia milagrosa de Ted Aworth, caería fulminado al instante.

Y tras leve gesto, creyó conveniente aclamar:

--Pero tal posibilidad está descartada de una forma absoluta. Primero, porque repito que todos entran en su habitación debidamente protegidos por los trajes especiales. Y segundo, porque Ted Aworth tendría que atacarles y vencerles, para llegar hasta su piel y hasta ahora no se ha demostrado belicoso. Más bien se presta a colaborar en todo sin ninguna clase de resentimientos.

El director del Hospital Militar de San Francisco, un viejo general del cuerpo médico, se creyó en la obligación de secundar las palabras del doctor Whitman, interviniendo:

—-Creo que todos ustedes habrán oído hablar del famoso periodista Ted Aworth. Es un hombre muy inteligente, con unos principios morales reconocidos por sus artículos y crónicas, que acepta su trágica suerte, como ha dicho el doctor Whitman, con una resignación digna de elogio. Pero, en el caso de que no fuera así, en el caso de que sus actuales circunstancias le empujaran a reaccionar de una forma violenta y vengativa, nada podría hacer para desahogar sus impulsos. Están tomadas todas las medidas de seguridad necesarias.

—Sé que esto no es una conferencia de prensa, además de no ser nosotros periodistas, doctor Whitman; pero, particularmente a mí, me gustaría saber el estado de ánimo del enfermo.

El doctor alemán Egan Zimermang había expuesto en su petición el criterio de muchos de los doctores allí reunidos, y el conferenciante aceptó gustoso a informar:

—Yo diría que su estado de ánimo es tranquilo, resignado, como les dije antes. Cierto que no habla mucho, porque debe dolerle su

lengua hinchada: pero se muestra amable, a veces sonríe, dedica muchas horas a leer y otras, como si cayera en un estado de postración, cierra los ojos y así deja pasar las horas.

—¿Duerme bien?

—Las horas normales, o así nos lo parece, cuando Se observamos por el circuito cerrado de televisión que tiene instalado,

—¿Sabe que nada ni nadie podrá curarle?

—Ted Aworth no es un hombre al que se le pueda engañar. doctor Zimermang, Aunque nos esforzáramos en mentirle, él conocería la verdad.

—¿Pregunta a veces cuándo va a morir?

—¡Nunca! Por otra parte, ya les he dicho que habla muy poco. Se dedica a escribir, contemplando a veces unas fotografías que tenía entre sus ropas y que no ha permitido ver a nadie.

—¿No saben lo que escribe?

.—Bueno, caballeros... No creo que tengamos el derecho de examinar So que escribe si él, espontáneamente, no ofrece esas cuartillas. ¿No están de acuerdo, caballeros?

La afirmación fue general, y el conferenciante opinó:

—Ted Aworth siempre ha sido un buen escritor. Es posible que en esas cuartillas exponga las terribles experiencias sufridas y todo lo que él siente en estos críticos instantes. Si es así, les aseguro que algún día podremos leer páginas magistrales que nos harán reflexionar hondamente.

—¿Puede recibir visitas?

—Hasta ahora hemos procurado mantener en secreto que había sido instalado aquí. Pero ciertas filtraciones han permitido enterarse a la prensa y las presiones son grandes. Todas las peticiones en este sentido han sido rechazadas; comprenderán que debemos atenernos a las órdenes del Pentágono.

—Hay rumores de que una señorita, llamada Dina Blay, famosa periodista también, ha solicitado directamente permiso al Presidente para visitar al enfermo. He leído que afirma ser la prometida de Ted Aworth.

— En efecto, doctor Zimermang: pero se teme por el estado emotivo que esto pudiera ocasionarle al paciente. La solicitud de la señorita Blay se está estudiando.

—Estamos pensando consultárselo a él —amplió el director del hospital.

La conferencia médica terminó al fin y, horas después, aquella misma tarde, utilizando el circuito de radio instalado en la habitación de Ted Aworth, el director del hospital le preguntó:

—Dígame, señor Aworth... ¿Le gustaría recibir visitas?

A través de las paredes transparentes le vieron dejar de escribir

sentado en el lecho, antes de manifestar como extrañado:

—¿Visitas? ¿Para qué? No, no... ¡Nada de eso!

- Se trata de una visita muy «especial», señor Aworth.

—Para mí ya no hay nada especial.

—¿Ni aun tratándose de la señorita Dina Blay?

Le observaron atentamente y vieron que los párpados sin pestañas se movían nerviosos en su rostro pétreo, con llagas e inexpresivo:

—Ni aun tratándose de esa mujer —resolvió.

Y al instante rogó:

—No me molesten, por favor. Estoy solo y quiero seguir así hasta el fin.

Y siguió escribiendo.

CAPITULO XIII

La obra que estaba escribiendo Ted Aworth se titulaba «ANTIHOMBRES» y empezaba así:

«La locura colectiva se desató sobre la Tierra y los hombres empezaron una guerra atómica monstruosa, cruel, de seres irracionales. La Apocalipsis anunciada en la Biblia se realizó punto por punto y el planeta quedó rodeado por una densa capa de humos y vapores que duró muchos años. La lluvia radioactiva lo inundó todo, lo anegó todo; pero la vida no se extinguió porque la VIDA es un don de Dios y ante esto el poder destructor de los hombres nada pueden contra el poder de su Creador...

»Pero la raza que subsistió a la gran hecatombe fue muy distinta, aunque con cierta semejanza en lo físico a la anterior, pese a haber sufrido en aquellas circunstancias aciagas profundos cambios, como mutaciones. La morfología natural empezó a clasificar a aquellos seres buscándoles un nombre y les llamó “ANTIHOMBRES”.

»E1 nombre era acertado porque, en realidad, ¿no eran los destructores de lo que otros hombres habían creado anterior a ellos? ¿No eran la negación misma de su propia raza y todos los valores y conceptos que antes habían prevalecido como una ley mora! común a todos?

»Al cambio físico, a la mutación, sucedió la transformación de la mente, encerrada en aquellas cabezas totalmente peladas, sin un solo cabello y deformadas por tas protuberancias óseas que también afeaban otras partes de sus doloridos cuerpos. La piel de los antihombres era escamosa, llena de arrugas y llagas purulentas, con lupus tuberculosos en nariz, oídos y bocas sin dientes. Monstruos vivientes que gemían al andar, a! notar que su esqueleto desgarraba sus carnes fofas, como gelatina putrefacta que a veces casa de brazos y piernas a sus propios píes.

»Sus cerebros atormentados desconocían el amor y la piedad. Víctimas de su propia obra, en sus desvaríos hacían responsables a lo» otros antihombres de la desgracia que arrastraban, por eso sólo eran capaces de pensar con rencor, con odio, con profundo instinto destructor.

»Y así empezaron a reconstruir un mundo monstruoso en el que las más grandes vesanias, las más horrendas locuras eran sus obras preferidas. Obras producto de antihombres, de seres deformes con cuerpos y mentes enfermizas, incapaces de crear algo bello, armonioso, bueno y útil. Obras todas ellas destructivas, bajas, mezquinas, raquíticas y viles,

»Obras que terminaron por volver a traer otra vez el infierno a la Tierra...»

*

Ted Aworth se sentía un antihombre.

¡Era ya un antihombre!

Por eso se recreaba escribiendo cientos de cuartillas en las que un mundo dantesco pasaría ante los ojos de sus futuros lectores.

Sueños oníricos de un loco que daba suelta a sus desvaríos, por otra parte, como premoniciones de lo que podría Ocurrir si la guerra atómica se desataba sobre la tierra.

¿O acaso no era él un ejemplo vivo de lo que podía suceder?

Quizá por eso le conservaba Dios con vida. Para que fuese el espejo de sus semejantes y vieran en él, en su horrible y monstruosa fealdad, los antihombres que vagarían lastimosamente por Ía superficie de la Tierra, arrastrando el pecado de su soberbia y locura.

Pero Ted Aworth ya no escribía su libro en un sentido solamente moralizados Poco a poco fue apartándose de la idea inicial de ofrecer a sus futuros lectores una semejanza aleccionadora de lo que sería el mundo tras la Gran Hecatombe. Más bien deseaba que tal cosa ocurriera y escribía sin cesar con la esperanza de que, cuando llegase lo que anunciaba, cuando se desencadenase al fin la guerra atómica su obra tuviese el valor de las predicciones

Sin embargo, un día dejó de escribir y sorprendió a sus cuidadores pidiéndoles:

--Digan al director del hospital... ¡que deseo diez millones de dólares'

El encargado de los enfermeros escuchó sus palabras desde el otro lado de la pared transparente, por medio del circuito de radio y tartamudeó, creyendo no haber oído bien:

—¿Ha., ha dicho usted diez millones de dólares, señor?

Con un infinito desprecio, el enfermo gritó:

-—¡Sí, estúpido!

—Pero., ¿para qué, señor Aworth? Usted no necesita dinero. Tiene de todo y...

—¿De toé."7 —volvió a gruñir la voz del enfermo sentenciado—. ¡Condenado majadero! ¿Quieres hacer un cambio conmigo, bribón?

Fue precisa la presencia del director del hospital y, al peco, con el mismo enfado, Ted Aworth razonaba con él:

—¡El mundo entero me debe esa indemnización! ¿O acaso es mucho pedir? ¿Saben cómo vi morir, uno a uno, a todos mis amigos? ¿Tienen imaginación suficiente para _ figurarse las escenas que vi? ¿En cuánto tasan la vida de un hombre sentenciado a morir, por

culpas ajenas, en la más horrible agonía?

El viejo médico militar reflexionó un instante antes de decir:

—Admito que tiene usted derecho a una alta indemnización, señor Aworth. Puede encargarle a un abogado de los trámites y...

—¡Nada de trámites, imbécil! Quiero los diez millones de dólares mañana. ¡Y aquí mismo! Nada de cheques ni cuentas bancariaˆ. ¿Para qué quiero todo eso, si sé que no saldré con vida de aquí, de esta horrible jaula de cristal?

Deseando ahorrarse transmitir tan extraña petición a sus superiores, el director razonó también:

—Bien, si sabe que no saldrá con vida de ahí, ¿para qué diablos quiere ese dinero?

—¡Eso no le importa nada! Pero le diré que para bañarme con él, para recrearme viendo tantos billetes de mil dólares juntos. Porque quiero los diez millones en billetes de a mil. ¿Se entera?

—Está bien: hablaré con el Pentágono y ellos decidirán. ¡Eso es un hospital militar!

—Dígale al general Mitchs Limdberg que si no me traen mañana mismo ese dinero aquí... ¡Le maldeciré por toda la Eternidad! A él y a la Humanidad entera... ¡Dígaselo!

El cálculo que hizo el general Mitchs Limdberg y todos sus colaboradores, incluyendo al tesorero mayor de! Gobierno fue muy sencillo: le enviarían a Ted Aworth diez mi! billetes de a mil dólares en una cartera, para que recrease su vista con el dinero, si es que aquél era su capricho, como si fuese la petición de su última voluntad. Cuando muriese no tendrán nada más que «limpiar» los billetes en las neutraliza-doras radioactivas.

—¿Qué perdemos con ello? —preguntó el genera! Mitchs Limdberg.

--¿Y si le da por romperlos o por quemarlos? —quiso saber el tesorero mayor.

El jefe del Alto Mando Conjunto del Pentágono se encogió de hombros y dijo:

—En último término, es cierto que a ese hombre se le debe una alta indemnización. ¡Correremos el riesgo!

—Nadie tiene culpa de que el yate en el que viajaba estuviera por la zona del Pacifico, general Limdberg. ¡Debieron hacer caso de los mensajes!

—Ted Aworth dijo que tenían una avería en la radio.

—¿Pero qué diablos hacían por aquella zona? Es un punto muerto de! océano Pacífico. ¡Ninguna ruta marítima pasa por allí!

—Lo sabemos, pero en sus declaraciones a eso no ha podido contestar. Creo que fue idea del capitán del yate.

El general Mitchs Limdberg dio el asunto por terminado,

tranquilizándole al tesorero.

—No se preocupe, Hyer: le haré firmar esa orden al señor Presidente y ese pobre diablo tendrá el dinero en su jaula de crista!. Lo rompa o no, es lo mejor que podemos hacer por él.

—Confiemos en que esto, amén de todas las duras críticas con que la prensa ataca al Gobierno, no le cueste diez millones de dólares más.

-—En todo caso, admita que hemos pagado un precio infinitamente bajo. Ésta última prueba nuclear y todo lo que se ha derivado de ella, incluyendo esa horrible y prolongada agonía de Ted Aworth, ha servido para disuadir a nuestros enemigos potenciales de que sería horrible una guerra atómica. La prensa mundial se ha cuidado muy bien habida cuenta de que los hombres olvidan con mucha frecuencia las cosas. Hace ya más de medio siglo de las primeras víctimas de las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki. Creo sinceramente que todo esto ha ocurrido muy oportunamente.

El general Mitchs Limdberg miró a su joven agregado de prensa Tonmy Steiger y dijo, así que terminó su larga parrafada:

—Puede que esté en lo cierto, Tonmy. Pero a veces, su frío cálculo me hace pensar que es usted inhumano o cínico Admito con usted que la nueva prueba nuclear era necesaria para disuadir de la guerra a nuestros oponentes. Por eso filmé la orden... Pero no creo, como usted, que todo lo demás haya sido..., ¿cómo ha dicho, Tonmy?

—¿,Oportuno, señor?

—¡Exacto! No creo que haya sido oportuno ni necesario.

—Es posible, mi general. ¡Pero ya es inevitable!

CAPITULO XIV

Dina Blay estaba tan triste como desconcertada. Le había costado mucho conseguir el permiso, pero el mismo Ted Aworth se negaba a recibirla. Ahora nunca podría justificarse ante él, explicándole su indecisión para no ir a la cita que tenían para casarse.

Entonces le pareció una boda muy precipitada y ahora.:.

El timbre de la puerta sonó y, al abrir, una mujer de cierta edad y cabellos teñidos indagó:

—¿Es usted la señorita Dina Blay7

—Así es, señora. ¿Qué desea?

—Tengo que hablarle de algo muy importante. ¿Puede ser en privado?

La dueña del bungalow miró a su criada, antes de invitar:

—Por supuesto, señora. ¿Desea tomar algo?

—Por mí... Si tiene algo de whisky..

Cuando la dueña de la casa regresó con el vaso, la visitante ya sacaba unos papeles de su bolso y ofreció.

.—Lea usted misma, señorita. He creído que usted está relacionada con esto y por eso he venido a vería. Me dieron sus señas en la redacción de la revista Women Magazine.

Dina se puso a leer una carta escrita con tosca letra que decía:

«Querida tía July: Antes de emprender el viaje quiero que sepas ciertas cosas por si a Niño y a mí nos ocurre algo. Hemos recibido instrucciones para hacer ciertas irregularidades y si mi hermano y yo aceptamos es porque nos han pagado muy bien. Con este dinero a nuestro regreso podremos volver a Italia y te llevaremos a ti para vivir los tres como grandes señores.

«Tenemos que poner en el camarote del capitán MacGland ciertos mapas falsos y averiar la radio del vate para impedir que' ninguno de los pasajeros pueda comunicarse con tierra una vez dejemos atrás Honolulú. Por lo visto, se trata de que el yate de Jennifer Newman llegue con retraso a Nueva Zelanda, según nos-encarga el señor Tonmy Steiger, que nos ha dado ya diez mil dólares, prometiéndonos a Niño y a mí otros diez mil al regreso.

»Te decirnos esto para que en el caso de que nos ocurra algo tú puedas reclamarle esa cantidad, ya que nosotros pensamos hacer todo lo que nos ha ordenado, A nuestro regreso ya te lo explicáremos todo mejor, pero si ese tipo nos quiere hacer alguna sucia jugada también a nosotros, con esta carta él no se negará a pagarte.

»Tus sobrinos que te quieren...»

La carta tenía dos firmas y una posdata cariñosa, pero que Dina ya no se molestó en leer. Miró a la mujer que la vis, taba y conteniendo su furia y estupor sólo acertó a decir.

—¿Y por qué me presenta usted esto a mí, señora?

— Muy sencillo, señorita Blay. Usted era la prometida de Ted Aworth, ¿no es así?

—!Sí! Lo fui...

—-Bien: pues ya habrá leído en la prensa todo lo que le pasó a ese pobre, Y como mis dos sobrinos también murieron en ese yate endemoniado, he pensado que usted...

—¿Presupone; que yo estuve de acuerdo con Tonmy Steiger, cuando el agregado de prensa del Pentágono les dio ese dinero a sus sobrinos?

—Bueno, yo...

—¡Un momento! ¿Ha intentado usted cobrar esos otros diez mil dólares a Tonmy Steiger?

-Mire, señorita: la más elemental prudencia me aconseja no hacerlo. ¿No lee los periódicos? Si ese tipo sabe que tengo esta carta... ¡Me liquida! Por las trazas, él sabía muy bien hacia dónde enviaba a! yate de esa multimillonaria, señorita.

Dina Blay también temió, pero tuvo ánimos para preguntar:

—¿Por qué no la ha presentado a la policía?.

—He preferido venir a verla a usted. Escribe en una buena revista y es muy conocida. ¡Yo sólo soy una pobre vieja!

—¡Pues iremos a la policía!. Tonmy Steiger está muy alto... ¡Pero tendrá que explicar muchas cosas!

Pero la mujer se interpuso entre la muchedumbre y la puerta, rogándole:

—¡No, señorita! Todavía no.

—Pero ¿no comprende? ¡Ese hombre envió también a la muerte a sus dos sobrinos! Tonmy Steiger debía saber que ningún marinero del yate, ni ninguno de los invitados, volverían con vida. El debía saber cómo y cuándo se iba a efectuar la prueba atómica. Por eso pagó a sus sobrinos, para que cambiaran las cartas de navegación del capitán MacGland, y por un error de cálculo se dirigieron a ese lugar del Pacífico.

La visitante pareció dudar, antes de decir:

—Sí, pero tengo algo más que decirle, señora Blay.

—Con esto es suficiente, señora.

—Es algo muy particular, señorita.

—Hable de una vez, por Dios.

Con rápido movimiento de su mano recuperó la carta y casi gritó, con brusco cambio de actitud:

—¡Necesito esos diez mil dólares!

—¿Có... cómo dice?

—Que necesito ese dinero, para regresar a Italia. Verá usted, señorita... Sé que mis sobrinos han muerto y que prácticamente, en unión de todos los que iban en ese yate, ese tal Tonmy Steiger los ha asesinado. Pero... ¿qué puedo hacer ya por ellos?

—¡Vengar su muerte, al menos! —replicó la muchacha—. ¡Ese monstruo asesino ha de ser descubierto!

—No sea ingenua. Ese hombre está muy alto y esa carta de mi sobrino bien mirado no tiene ningún valor. Le sería fácil decir que todo eso lo hemos inventado para sacarle dinero. Por unos dólares cualquiera puede haberla escrito y... ¡mi sobrino está muerto!

—Hay peritos calígrafos, señora.

—Demasiadas complicaciones, señorita Blay.

—Entonces, ¿por qué vino a verme?

—Pensé que usted podría darme esos diez mil dólares. Yo le entrego la carta, pero no quiero mezclarme en nada más. ¡Sólo deseo regresar a Italia!

—¿Por qué no fue a casa de Tonmy Steiger con esa carta?

—Seré franca con usted, señorita. ¡Por miedo! Un hombre que es capaz de hacer todo eso... Bueno: usted tiene Ja palabra.

—No tengo ese dinero, señora. Cobro un buen sueldo, pero...

Entonces lo siento. Ni mis sobrinos podrán ser vengados, ni usted podrá vengar a su prometido. Antes de meterme en más líos, prefiero que las cosas queden así.

Se dispuso a romper la carta allí mismo, aunque musitando para ganar más tiempo:

—Es una lástima...

—¡No, espere! No la rompa, por favor.

—Lo siento. Bien mirado, vale más mi seguridad que diez mi! dólares.

Fue entonces cuando una voz gangosa dijo desde el ventanal, procedente del jardín:

—¡No la rompa! ¡Le doy un millón de dólares por esa carta!

CAPITULO XV

Las dos mujeres se volvieron hacia el desconocido, que acababa de entrar por el ventana! desde el jardín.

Era, un hombre alto, vestido con un extraño abrigo negro que le llegaba más abajo de las rodillas. Se cubría con un sombrero, también negro, calado hasta las espesas cejas grises, de! mismo color que la mata de cabellos que apenas se veían. Lucía bigote, lacio y abundante y sus manos, muy grandes, estaban también cubiertas por guantes de piel negra.

En una de ellas llevaba un maletín.

Se quitó unas gafas ahumadas al avanzar hacia ellas con la manó libre y su voz gangosa, como si la lengua le impidiese hablar con claridad, repitió:

-—He dicho que lo doy por esa carta un millón de dólares, señora...

Dina Blay estaba tan perpleja y absorta como la mujer que había venido a visitarla. Esta última retrocedió ante el hombre extraño, que ya abría su maletín y sacaba fajos de billetes nuevos de mil dólares, preguntando aterrada:

—¿Quién,.., quién es usted?

La voz gangosa anunció de forma impersonal:

—Llámeme si quiere antihombre... ¡La carta!

Contrastes de la vida: la mujer había venido por dinero, por diez mil dólares, como si vendiera por esa cantidad la vida de sus dos sobrinos; pero ahora esta terriblemente asustada. Mil preguntas se agolpaban en su mente: ¿quién era aquel hombre? ¿Por qué 'le interesaba la carta que podría acusar a. Tonmy Steiger? Y sobre todo, ¿por qué ofrecía tanto dinero?

¡Un millón de dólares, Señor!

Fugazmente pensó que de todo aquello no podía venirle a ella nada nuevo. Se había metido en un lío y debía huir de allí, pues podía más su instinto-de conservación que su egoísmo, y por eso negó:

—¡No! ¡Ya no quiero dinero! Me voy... ¡No se acerque más a mí!

Al forcejear con aquella mujer, el hombre extraño del largo abrigo negro perdió su sombrero, que arrastró en su caída la peluca gris que cubría su cabeza, totalmente rapada ahora, brillante y con alguna llaga, pero sin un solo cabello. Aquello aún aterró más a la visitante y empezó a gritar con más fuerza.

Entonces, la perpleja y también asustada Dina Blay vio que el hombre se quitaba uno de sus guantes y que su mano sarmentosa y grande, deforme, se posaba desnuda sobre el rostro de la mujer,

tapándole la boca.

La mujer dejó al instante de gritar y su cuerpo se convulsionó como si hubiese recibido una fuerte descarga eléctrica. Cuando el hombre la soltó, cayó como un fardo al suelo sobre la alfombra.

Muerta.

En un instante.,.

Dina Blay retrocedió aterrada y fue también a gritar, pero la voz gangosa del hombre pidió, al señalar a su víctima:

--Era una bruja egoísta: oí todo lo que estuvisteis hablando, Dina. No le importaba vengar la muerte de sus sobrinos: sólo quería sus diez mil dólares, aunque el asesino siguiera impune.

Con una idea que empezaba a hurgar en su cerebro, la muchacha preguntó con un hilo de voz, mirándole fijamente:

--¿Quién..., quién es usted?

Había ironía en la voz gangosa al anunciar, mientras despegaba del lupus de su labio superior el bigote postizo:

—Para ser una mujer enamorada, tienes poca memoria, querida Dina. ¿Me conoces ahora?

Realmente, Ted Aworth estaba muy desfigurado, totalmente desconocido. Pero la muchacha exclamó, entre sorprendida y alarmada:

—¡TED AWORTH! ¡Eres tú...!

—¡No, Dina, no! ¡No te acerques a mí! ¡Morirías en el acto!

Quedaron frente a frente. El, pegaba la espalda al ventanal por donde había entrado, olvidando su maletín con los diez millones de dólares en billetes de a mil, pero con la carta de la mujer que seguía tendida en la alfombra.

El silencio pesaba sobre los dos. Tenían miles de cosas que decirse, muchos equívocos que aclarar. Pero la realidad se imponía cruda y desnuda, paralizada la muchacha por el terrible aviso que había oído.

Al fin, sobreponiéndose a todo lo que veía, Dina Blay exclamó:

—¡Oh, Ted...! ¡Te has escapado!

—La raza humana siempre seguirá siendo egoísta y estúpida. ¡Me fue fácil!

—Tienes razón, Ted... ¡Pero hiciste mal! Allí podían curarte, podían atenderte bien y...

—Allí sólo me hacían servir de conejo de indias, para sus pruebas médicas.

—¿Por qué huiste, Ted?

—Me cansé de estar allí.

—¿Por qué lo hiciste?

La muchacha señalaba el cuerpo tendido de la mujer y Ted Aworth supo que no se refería a su fuga; pero rehuyó la pregunta contando:

—Fue fácil, Dina. El imbécil del enfermero tuvo un descuido y le

metí en mi cama, después de quitarle su traje especia!, Van totalmente cubiertos, ¿sabes? Apenas se les ven los ojos por su mascarilla y en los controles no me reconocieron. El resto fue aún más sencillo: vuestro mundo está podrido, y es tan egoísta y capaz de ser sobornado que un tipo que viaje con diez millones de dólares en un maletín puede llegar fácilmente hasta el mismo Presidente, si lo intenta. ¿Comprendes?

Hizo una pausa porque su lengua hinchada le fatigaba a! hablar y siguió:

—Me disfracé de esta manera y logré contratar un avión particular para volar desde San Francisco aquí. El piloto del avión era otro imbécil lleno de ambición. Dina. Por la radio escuchó el tremendo jaleo que se formó con mi fuga, pero le ofrecí más dinero y él mismo se cuidó de sortear todos los obstáculos. Aterrizó en el campo y, a! darle el dinero, como despedida le ofrecí mi mano… ¡sin guante!

Horrorizada, la muchacha preguntó:

—¿Murió también, Ted?

—Sí, Dina… ¡Recibió su «paga»! ¿No se estaba burlando él de todas las órdenes y le importaba muy poco el mal que pudiera hacer yo suelto por ahí?

—¡Oh, por favor, Ted! ¿Estás pretendiendo juzgar a toda la Humanidad?

—Di más bien que pretendo vengarme de ella.

—Comprendo lo que te pasa. Pero tú siempre fuiste un hombre que..; que…

—!Ya no soy un hombre, Dina! Me han convertido en un antihombre, que no es igual.

Más desconcertada, la muchacha indagó:

—¿Qué quieres decir? ¿Qué significa eso de que eres un antihombre, Ted?

—La palabra lo dice, mujer. Significa que estoy contra ellos, que soy, ¡y en todo!, su propia negación. Ellos aman la vida… ¡Yo la muerte! Ellos pretenden crear lo bello… ¡Yo lo feo, lo horrible! Ellos hablan de amor… ¡Yo de odio! Dicen que' les gusta lo sublime, la abnegación y el desinterés… ¡A mí me gusta el egoísmo, la mezquindad, lo ruin!

Desesperada, nuevamente intentando acercarse a él, Dina Blay gritó:

—¡No! ¡Tú no puedes ser así, Ted!

—Di más bien que yo no era antes así… ¡Pero ellos me han cambiado!

—¿Ellos…? Di en todo caso Tonmy Steiger.

—¡Hay muchos Tonmy Steiger en la Tierra, cariño!

La última palabra cariñosa de! hombre animó a la muchacha que

suplicó, sus blancas y cuidadas manos extendidas hacia él:

—Vamos, Ted... Te ayudaré a volver al hospital. Allí te cuidarán. ¡Te pondrás bien! Tú siempre has sido muy fuerte y yo estaré contigo siempre... ¡Siempre! ¿Comprendes?

Ted Aworth rechazó con brusquedad:'

—¡Te he dicho que soy un antihombre, Dina! Ya no me afecta tu sublime desinterés, tu abnegado valor, tu sacrificio voluntario. Yo ahora aprecio más el egoísmo. Ía cobardía vil, la traición rastrera... ¡Esas serán las leyes de nuestro código!

—Estás excitado, Ted. Ahora no razonas bien. ¿Por qué si no viniste aquí, a mi casa? Te lo diré yo: porque te arrastró el amor que aún me tienes... ¡Aunque lo niegues!

—¡Te equivocas, Dina! ¡Vine para matarte! Para estrecharte entre mis brazos y darte el beso... ¡El beso de la muerte!

Ahora retrocedió la muchacha, ambas manos en sus febriles mejillas, exclamando horrorizada:

—¡No puedo creerte! ¡Me. niego a creer tal cosa de ti! Y en todo caso... ¿Por qué, Ted? ¿POR QUE?

—Porque antes de escuchar a esa bruja, creí que tú sabías lo que nos iba a pasar a todos los que íbamos en el yate de Jenny, y que por eso no acudiste a la cita para casamos. ¡He tenido mucho tiempo para pensarlo así!

—¡Cómo has debido sufrir, al oírme!

—¡No lo sabes bien!

Lo que más urgía era que él volviese a un hospital, y por eso ella propuso:

—Llamaré a una ambulancia, Ted. ¡Tienen que cuidarte!

—No podrás llamar. Antes de entrar corté el hilo telefónico.

—Te llevaré en mi coche.

Una carcajada cruel brotó de aquellos labios purulentos:

—¡Ja, ja, ja! ¿Te expondrías a contaminarte, Dina"?

—No me importa eso. ¡Sólo rae-importas tú! Quiero que apuren todas las posibilidades para salvarte, Ted.

—Gracias, Dina.,. Pero será inútil. Así que... Adiós, amor mío. ¡Hasta, nunca!

Fue a ganar el jardín por el ventanal por el cual había penetrado en la casa, aunque se detuvo al oír:

—¿Adónde vas, Ted?

—A cumplir mi misión como antihombre —y señalando al maletín que dejaba añadió—: Esa es mi herencia, Dina. ¡Disfrútala y procura ser feliz!

—¡No! ¡No quiero ese dinero! ¡Huele a muerte!

—No me extraña, mujer... ¡Yo-mismo soy la Muerte!

Y salió alejándose.

El primer antihombre de Ía Tierra seguía suelto…

CAPITULO XVI

Había estado otras muchas veces allí y conocía las entradas por las que el acceso era menos riguroso. De todas formas, sacó su viejo carnet de periodista y sin soltarlo su mano enguantada anunció al vigilante uniformado:

—¡Prensa! Tengo una cita con el señor Steiger.

—Tercer piso: quinto pasillo a la derecha, novena puerta —informó de forma rutinaria el centinela, al verle tan decidido.

Se cruzó con muchas caras conocidas, pero a él no podían reconocerle. Su disfraz era perfecto y nadie podía pensar que, a tantas millas del Hospital de San Francisco, el buscado Ted Aworth estaba en aquellos instantes dirigiéndose al despacho del agregado de prensa del Pentágono, en el mismo corazón de Washington.

Syzi, Ta secretaria pelirroja de Tonmy Steiger, al ver al hombre que fugazmente le mostraba el carnet de periodista, anunció:

—El señor Steiger está reunido con el general Limdberg. Si viene a solicitar algún permiso especial tendrá que esperar. Yo no estoy autorizada para firmarlos.

—¿Ha dicho que está reunido con el genera! Mitchs Limdberg, señorita?

—Así es: tienen algo muy urgente que tratar. Por lo visto ese loco de Ted Aworth se ha fugado.

El anciano del bigote gris confirmó.

—Lo sé, señorita.

Salió al pasillo y buscó el despacho del general Limdberg, porque también sabía donde quedaba. Allí plantado había otro centinela, pero no se inquietó al anunciar muy serio y con aire de misterio:

--Soy un agente secreto federal y necesito ver inmediatamente al general Limdberg.

—Lo siento, señor. Tengo órdenes de no dejar entrar a nadie.

—Tenga: muéstrele estas fotografías y dígale que es muy urgente. ¡La guerra puede depender de ello!

—El general Limdberg... —empezó a decir el soldado, pero examinó por encima las fotografías y preguntó—: ¿Qué son?

—Vistas de una explosión atómica. En estos momentos, la suerte de la Humanidad depende de usted, soldado.

—¡Vaya, señor! Eso es muy grande... Espere aquí, por favor. ¿Su nombre?

—Nada aclararía mi nombre, soldado... ¡Pero dígale que tengo más fotos como ésas e importantísimos informes.

—Está bien, señor. ¡Ahora mismo!

Los minutos pasaban y Ted Aworth empezaba a sentirse mal. La peluca y e! bigote postizo, así como las cejas, le molestaban. Empezaban a faltarle las fuerzas, porque hacía muchas horas que no tomaba los medicamentos que le habían recetado. Pero a! fin, el soldado salió y dijo nerviosamente:

—Pase, señor: el general Limdberg y sus ayudantes le esperan.

—Gracias, muchacho.

En la gran sala había unos doce hombres: generales, almirantes y oficiales de alta graduación, con muchos entorchados y medallas. Mitchs Limdberg presidía la larga mesa y a su lado, siempre tan elegante, su agregado de prensa Tonmy Steiger examinaban una de las fotografías que le había entregado el soldado.

El anciano de! bigote lacio se quitó el sombrero y saludó ante el estupor de los presentes:

—Caballeros... Por ahora nos ahorraremos las presentaciones. ¿Qué les parece el material que les traigo? Con mil riesgos he podido presenciar varias explosiones atómicas, como esas que están ustedes contemplando. Estoy seguro de que jamás habrán visto una cosa igual, porque, por más que se quiera, la seguridad nunca permite a los fotógrafos acercarse tanto, ¿verdad?

Todos observaron al extraño visitante, y el general Limdberg pidió:

—Acérquese, por favor. Es imprescindible que nos diga quién es usted... ¡Y cómo ha podido lograr estas sorprendentes fotografías!

-—Verá, mi general... Más tarde les daré un informe detallado y hasta les diré dónde bombardear, para aniquilar un formidable arsenal atómico.

Mientras se acercaba a la presidencia de la larga mesa, el hombre misterioso empezaba a quitarse el guante negro de su mano derecha. Y al llegar a la altura del perplejo Tonmy Steiger, ofreció:

—¿Cómo está, señor Steiger?

La situación no dejaba de ser insólita, pero una cosa era bien cierta: aquel hombre había presentado un material fotográfico único en su género. El general Limdberg calculó que una vez fueran llevadas al laboratorio, tales fotografías de aquella explosión atómica darían muy importantes datos.

Lo insólito del caso y la tensa crisis en que se vivía hizo lo demás y, casi mecánicamente, e! general Limdberg fue presentando a! visitante que recorría la mesa:

—El almirante Robert Cummings, el vicealmirante Konox Rain, el teniente general Albert Conskasty, el general Max Fuller...

Seguía el visitante estrechando con la suya todas aquellas manos. Todos notaron que la palma de la suya parecía cubierta por una gelatina algo viscosa y húmeda, corno si utilizase aquella pasta para

protegerse de algo.

Pero ninguno dijo nada, limitándose a limpiarse con disimulo en la pernera del pantalón, porque a] terminar la vuelta el general Limdberg seguía presentándole:

—Y mi ayudante e! coronel Stoyte Chandler y el agregado de prensa de! Pentágono Tonmy Steiger. al que parece conocer ya...

—Encantado, señores... ¡Muy encantado! Ha sido un honor poder estrechar sus ilustres manos, sobre las que descansa la seguridad de! mundo, ¿no es así? La seguridad... ¡O su perdición!

Sus últimas palabras y la extraña sonrisa de aquellos labios que emitían la voz gangosa, molestó algo al general Limdberg, que estalló:

—Bien: creo que ya es hora de que nos diga su nombre. Toda esta ceremonia se me antoja una bufonada, señor..., señor...

Todos !e vieron arrojar el sombrero negro, quitarse la peluca gris, el bigote, las cejas y el otro guante de su mano izquierda, mientras hacía la presentación más sorprendente y horrorosa, al bramar:

—¡Me llamo Ted Aworth, mi general! Sé que estoy algo desfigurado, pero les aseguro que soy el mismo.

Una exclamación unánime brotó de todos los reunidos que. al levantarse precipitadamente, horrorizados, hicieron caer al suelo las sillas.

El primero en poder hablar fue Tonmy Steiger que exclamó, esta vez perdida su calma habitual:

—¡Es é!...! ¡Y nos ha estrechado !a mano!

Por instinto, todos se miraron la palma de sus manos y empezaron a comprender el mortal significado de aquel molesto cosquilleo que tenían en Ía piel que empezaba a ponerse roja. Eran militares y especialistas que estaban acostumbrados a tratar cuestiones atómicas e intuyeron, con un terrorífico centelleo en sus cerebros que les paralizó, lo que aquel 'contacto siniestro podía significar.

—¡Nos ha contaminado! —bramó uno de ellos.

—¡Exacto, señores! —confirmó Ted Aworth—. Pero de una forma tenue para que su agonía sea más prolongada. En el hospital me enseñaron a utilizar esta pasta gelatinosa que, no obstante, sólo amortigua los primeros efectos. De no usarla, no habría tenido tiempo de darles mi mano a todos. ¡El , primero habría caído fulminado!

—¡Canalla! ¡Asesino! —bramó Tonmy Steiger.

—¿Y tú lo dices, Tonmy?' —replicó—. He echado al buzón cierta carta dirigida a la policía, pero que te habría llevado ante un pelotón de ejecución.., ¡Mejor es que mueras así!

A muchos de los presentes les interesaba mucho más su propia salvación que lo que se pudiera hablar allí y, corriendo como locos, empezaron a salir de la sala buscando ayuda médica.

Pero Ted Aworth vio que los soldados irrumpían en la sala con sus

armas dispuestas, y al tener cortada la salida corrió hacia las ventanas. Empezó a huir por una estrecha cornisa pero, a los pocos pasos, se encontró con que el alto edificio formaba una esquina.

Miró hacia abajo y quedó aturdido, sintiendo que nuevamente las fuerzas le abandonaban. Sentía que todo e! cuerpo le picaba, que le escocían las llagas purulentas de su piel Pero no podía regresar porque ya, asomados por las ventanas, los soldados se disponían a dispararle.

Una voz femenina lo impidió y la cabeza de Dina Blay asomó por Ía ventana más cercana a él, extendida la mano femenina al pedir:

—Vuelve. Ted. ¡Agárrate a mí, por favor! Ellos te comprenderán Estás como loco, cariño: no puede juzgarte un tribunal norma!. ¡Dame la mano y te salvaré!

Ante el terror de caer a! vacio, por instinto, Ted Aworth fue a extender su mano sarmentosa. Pero la retiró a tiempo horrorizado de tocar aquella fina piel tan amada.

—¡No, Dina! ¡No puedo! ¡No debo nacerlo! Estoy sin guantes y... ¡No te tocaré, mi amor!

Fue a recular más y su pie derecho llegó a la esquina, donde la cornisa formaba un ángulo recto. Perdió el equilibrio y cayó...

Dina Blay se tapó los ojos horrorizada, confundido su grifo con e! de Ted Aworth, que bajaba hacia el duro pavimento de la-calle, donde dejó de existir, terminando con su tragedia.

*

Debidamente neutralizadas las partículas radioactivas que pudieran haber tenido las cuartillas escritas por Ted Aworth, el doctor militar Whitman se las entregó a Ía triste Dina Blay y quiso saber:

—¿Qué piensa hacer con ellas, señorita Blay?

--Publicar este libro, doctor. Ted Aworth obró como un loco, como un antihombre, como decía él. Pero quiero que todo el mundo sepa de sus sufrimientos y lo que nos puede ocurrir a todos si algún día, por nuestros errores y soberbia, vagan sobre la faz de la Tierra esa clase de seres.

—Hará bien, señorita Blay. Al menos, Ted Aworth nos ha dejado esas cuartillas. ¡Ojalá que su lectura impresione a muchos!

—Dios le oiga, doctor Whitman.

Y Dina Blay se alejó, dispuesta a cumplir su promesa...

FIN